


Selección

TERROR

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

ADAM SURRAY

# EL ANTICUARIO




Selección

# TERROR

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

## ADAM SURRAY

# EL ANTICUARIO


ft
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

410 — Hotel de horrores, *Curtis Garland.*

411— Juguetes, horror y muerte, *Joseph Berna.*

412 — Viaje al centro del infierno, *Clark Carrados.*

413 — El culto de la carne sangrante, *Curtis Garland.*

414 — Crepúsculo rojo, *Ralph Barby*.

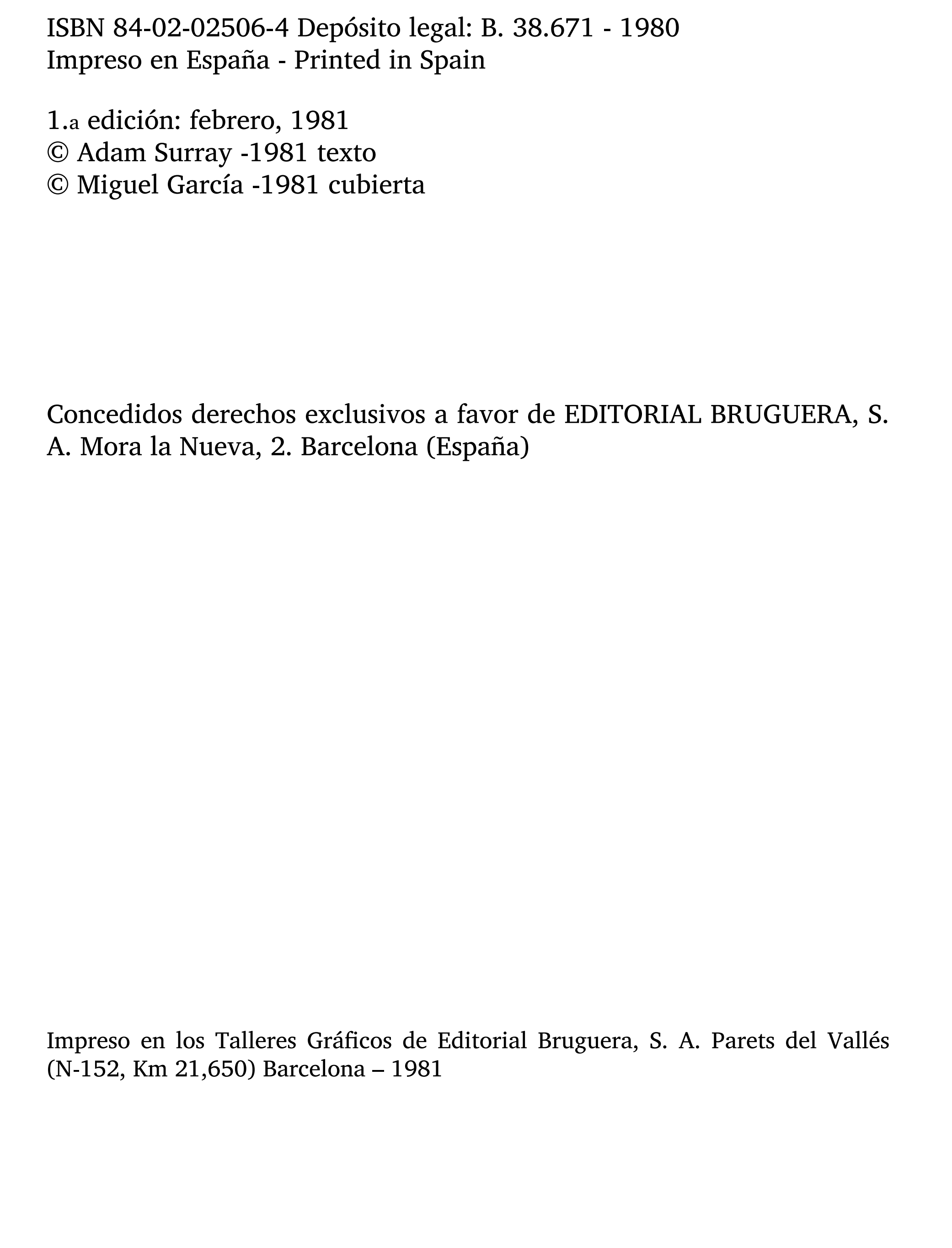
**ADAM SURRAY**

# EL ANTICUARIO

Colección
SELECCION TERROR n.° 415 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO



ISBN 84-02-02506-4 Depósito legal: B. 38.671 - 1980
Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: febrero, 1981


Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

# CAPITULO PRIMERO

Old North Parry se alza en una de las zonas más antiguas de Los Angeles. La mayoría de las casas aún conservan la rancia estructura de principios de siglo. Fachadas frías, laminadas, sin balcones ni salientes decorativos. Fachadas grises que han ido acumulando el inexorable paso del tiempo.

Old North Parry es lugar que todo turista experto no deja de visitar. No figura en las guías, pero si es recomendado por los taxistas y conserjes de hotel.

En Old North Parry se puede encontrar de todo. Bueno y malo.

Nadie sale de allí defraudado.

Los artistas del cercano Hollywood, los orgullosos habitantes de las Beverly Hills, no dudan en aproximarse por el Old North Parry. Seguros de encontrar emociones fuertes.

En el centro del Old North Parry, en su circular plaza, se halla el singular Teatro del Horror. Escenario de las más espeluznantes y macabras historias. En cartel, ya para seis meses, un clásico de la literatura del terror. Él *Drácula* de Stoker. En una versión muy libre y actualizada.

Otro aliciente son los night-clubs de la zona, cinemas y algún que otro tugurio. Antros donde el espectáculo alcanza las más altas cimas del porno duro.

Supermercados, pequeñas tiendas, comercios caducos...

Todo conservando reminiscencias del pasado. Y los habitantes del Old North Parry se esforzaban en mantenerlas. Conscientes de que aquello, aquel halo ancestral, era fuente de ingresos.

De entre todas las casas existentes en el Old North Parry destacaba una. Una casa de tres plantas.

Una de las más antiguas y, sin embargo, mejor conservadas. Tenía forma cuadrada. Sin la menor concesión arquitectónica. Ventanas enrejadas. Las dos casas lindantes permanecían deshabitadas y declaradas en ruinas.

Un gran letrero ocupaba casi la totalidad de la fachada en su planta baja. El Anticuario.

Junto a la vidriera del escaparate, también protegida por rejas, una pesada puerta de madera artísticamente tallada.

El auto circuló el mal cuidado seto central del Old North Parry para detenerse suavemente frente a la tienda de antigüedades.

Resultaba de fuerte contraste ver el «Chevrolet», un aerodinámico y deportivo «Corvette», estacionado ante tan vetusto edificio.

Malcolm Garrett descendió del auto.

Un individuo joven. De unos treinta años de edad. Rostro de correctas facciones. Alto y de atlética complexión. Vestía chaqueta sport, camisa polo y pantalón a juego.

Se detuvo unos instantes para contemplar la gris fachada de la casa. Entornó los ojos al fijarlos en el amarillento cartel anunciador.

El Anticuario.

Sí.

El mismo letrero era ya una reliquia.

Malcolm Garrett no pudo reprimir una instintiva mueca.

Del bolsillo interior de la chaqueta extrajo una cajetilla de tabaco. Tras encender el cigarrillo alargó la zurda hacia el portafolios situado en el asiento delantero del Corvette.

Avanzó hacia la puerta de entrada a la tienda.

Al posar su diestra sobre el picaporte la retiró de inmediato. Como si hubiera recibido una descarga.

El picaporte tenía forma alargada. En hierro. Simulando una serpiente, incluso eran visibles los diminutos ojos. Dos protuberancias en el extremo del hierro y un leve corte aparentando la boca.

Garrett se contempló perplejo la palma de la mano.

Nada le había ocurrido, sin embargo la retiró instintivamente. Con el absurdo temor de que podía ser mordido por aquella metálica serpiente. Tal vez impresionado por el contacto.

La serpiente estaba magistralmente realizada.

Malcolm Garrett, tras recriminarse interiormente por el acto reflejo, volvió a posar su diestra sobre el picaporte. Empujó con fuerza hacia abajo impulsando la hoja de madera.

La pesada puerta se abrió lentamente. Con agudo chirriar. También sonó una campanilla en lo alto.

Garrett parpadeó hasta acostumbrarse a la penumbra interior.

La puerta se fue cerrando a su espalda. Con igual rechinar que cesó bruscamente al ajustarse sobre el marco en seco sonido.

Malcolm Garrett avanzó hacia el mostrador dejando el maletín sobre 1a tabla. Trazó una semicircular mirada por la estancia.

Un local amplio.

Muebles antiguos, baúles, arquetas, cuadros, espejos, porcelanas, vestidos... Todo entremezclado. Sin orden. Algunos de los objetos recubiertos por fina patina. En la estancia se disfrutaba de una atmósfera fría. En contraste con el agotador día. Una frialdad sin duda proporcionada por los gruesos y pretéritos muros.

En la escalera de caracol situada al fondo resonaron unos pasos. Garrett posó allí la mirada.

Y sus ojos se fueron agrandando paulatinamente.

Primero fue al descubrir los zapatos de tacón alto. Luego los finos tobillos. Siguieron las redondas rodillas y por último la generosa porción de mórbidos muslos que concluía con la falda del vestido.

Unas seductoras piernas de largos y esbeltos muslos enfundadas en medias oscuras.

La afortunada propietaria de aquellas esplendorosas piernas terminó de descender la escalera situándose frente a Garrett. Este agrandó aún más los ojos. Maravillado.

Reanudó su interrumpida visión, había terminado en la falda del vestido. Un vestido negro. Corto. Ceñido. Modelando las caderas, la cimbreante cintura y la plenitud de unos turgentes senos que tensaban al máximo la tela.

La larga nelena de pelo negro le llegaba hasta los hombros. Melena lasa a tono con el ágata de sus ojos. Pómulos salientes. Nariz breve. Labios carnosos que trazaban una dura línea. Rostro y manos de extremada blancura. Pálidas. Aquella nívea piel de su rostro des-

tacaba fantasmal del negro vestido.

—¿En qué puedo servirle?

Malcolm Garrett apartó la mirada de los botones superiores del vestido. Los tres primeros sin ajustar. El cuarto parecía próximo a saltar, incapaz de resistir la presión de aquellos prominentes senos.

Sí.

Aquella tentadora mujer podía servir de mucho. Y la mente de Garrett barajó más de una excitante alter- nativa. Por supuesto las silenció, aunque sus ojos delataron un lascivo brillo.

—Soy Malcolm Garrett, abogado de la Conway Company de San Francisco. Se ha cursado una carta al señor Lou McCambrigde notificando mi visita.

Para un interlocutor menos sagaz que Garrett hubiera pasado desapercibido el leve rictus dibujado en los labios femeninos. Una fugaz mueca de desprecio.

La mujer avanzó hacia Garrett.

Con innato movimiento de caderas. Con ligero balancear de sus voluminosos pechos. Sin duda no deseaba ser provocativa, pero todo en ella rebosaba sensualidad.

—Yo soy Deborah McCambrigde. La nieta de Lou McCambrigde.

—Es un placer. ¿Está el señor McCambrigde?

Deborah se apoyó en el mostrador.

Con la mirada fija en Garrett.

Desafiante.

Malcolm Garrett, muy a su pesar, experimentó una sensación de inquietud. De incomodidad. Aquella mujer, con toda su turbadora carga erótica, producía escalofríos. En especial sus ojos. Sin brillo. Dos esferas de hielo en la palidez de su rostro.

—Mi abuelo no se encuentra bien estos últimos días. Concretamente desde que recibió la primera carta de Patricia Conway.

—Lamento que...

—Le recibirá —interrumpió la mujer, secamente— puesto que nos anunció su visita. Le ruego sea breve. Conmigo podrá tratar todo el asunto y le solucionaré cualquier duda. Sígame.

Deborah McCambrigde fue bordeando el largo mostrador. Al fondo, antes de llegar a la escalera de caracol, se veía una puerta.

La mujer golpeó con los nudillos y, sin esperar respuesta, empujó la hoja de madera, Se hizo a un lado para permitir el paso de Garrett.

—Tenemos visita, abuelo. Malcolm Garrett, abogado de la Conway Company.

La sonrisa de cortesía iniciada por Garrett se fue borrando paulatinamente. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para dominar su sorpresa.

Tenía algunas referencias sobre el negocio de Lou McCambrigde. El Anticuario era una tienda muy conocida por sus concesiones a lo macabro. Especializada en objetos de terror. Toda la segunda planta de la casa dedicada a ello.

Y también aquel lúgubre

despacho.

Como diseñado para una empresa de pompas fúnebres.

La mesa escritorio podía considerarse como una auténtica obra de arte. En madera noble artísticamente tallada. Tono oscuro. Los relieves formados por peque- ñás figuras

que parecían representar una escena del Averno. Lo más asombroso era el remate de las cuatro patas de la mesa.

Cuatro calaveras.

Cuatro calaveras soportando la mesa.

Cada una de ellas enfocada hacia un lado distinto.

El mueble biblioteca a juego con la mesa. También tallado, tonalidad oscura y con dos calaveras en la cúspide. A ambos extremos del longitudinal mueble. Aquellas calaveras no estaban añadidas. Formaban parte del mueble.

El cortinaje de la ventana, para acentuar aún más el sombrío decorado, era negro. Sin dejar filtrar la claridad del día. Una lámpara colgaba del techo iluminando con mortecina luz la estancia. Las paredes plagadas de cuadros. De todos los tamaños, aunque con un te- ma común.

Nada de bodegones o paisajes campestres. No.

Todos aquellos cuadros representaban ejecuciones.

Horribles muertes por Lapidación, hoguera, empalamiento, decapitación, horca, descuartizamiento por cuatro caballos...

Un horrendo muestrario que producía espeluzno.

Algunas de las láminas, por el lienzo y técnica utilizada, debían tener siglos de antigüedad.

Tras la mesa escritorio estaba Lou McCambrigde.

En una silla de ruedas.

Imposible concretar su edad. En el apergaminado rostro de McCambrigde la piel se pegaba materialmente a los huesos. Los ojos muy hundidos. La nariz aguileña. Su canoso cabello aún era abundante. Las marcadas arrugas de su rostro se entremezclaban formando sarmentosa capa. Sus manos, de largos y huesudos dedos, eran también como sarmientos de vid.

Los diminutos ojos de Lou McCambrigde. en contraste con los de su

nieta, sí gozaban de sempiterno brillo.
De un destello muy poco tranquilizador.
—Adelante, Garrett. Tome asiento.
La voz del anciano era gutural. Ronca. Jadeante. Como si le costara un gran esfuerzo el hablar.
Malcolm Garrett ladeó la cabeza al oír cerrar la puerta. La bella y enigmática Deborah les había dejado solos.
Garrett avanzó hacia los dos sillones de negro cuero situados frente a la mesa escritorio.
—Le felicito, señor McCambrigde. Tiene un despacho muy... acogedor. No hay duda que impresionará a todo cliente que reciba aquí. Ha logrado crear una atmósfera tenebrosa. Lou McCambrigde entornó los ojos hasta casi ocultarlos.
Las arrugas de su rostro se abrieron y cerraron como si tuvieran vida propia.

—¿Insinúa que este decorado es para impresionar a los clientes?... Está muy equivocado, Garrett.
—Comprendo. Es para asustar a los acreedores. McCambrigde rió gutural.
Una carcajada que resonó extraña. Una risa... hueca.
Sí.
Eso es.
Una carcajada hueca. Como si Lou McCambrigde estuviera vacío por dentro. Como si su cuerpo sólo fuera eso. Un caparazón. Sin nada dentro.
—Me sorprende que esté a las órdenes de Patricia Conway. Ella no tiene sentido del humor, Garrett. ¿Cuándo llegará Patricia?
—Posiblemente mañana o puede que se demore un día más. No concretó fecha, aunque dudo que aplace su desplazamiento más de tres días. Quiere solucionar el asunto cuanto antes.
—Y usted es la avanzadilla. Abogado, ¿eh?
—Correcto.
El anciano se reclinó en la silla de ruedas. Sus acartonadas facciones esbozaron una sonrisa.

—Hoy también nos anunció su visita un perista. Un tasador. Un tal Buxton...
—Elizabeth Buxton. Es una mujer, McCambrigde. Joven y bonita. Casi tanto como su nieta.
—¿Una mujer? ¿Una mujer especializada en objetos de... de...
—¿Terror?
Lou McCambrigde movió la cabeza de un lado a otro.
—No..., no es ésa la palabra adecuada. En la segunda planta, la más visitada y famosa de El Anticuario, apenas hay objetos de terror. Yo no los considero así. Son piezas de museo, objetos artísticos con un denominador común. ¿Terror, brujería, satanismo...?
Son mis adquisiciones más preciadas, Garrett. Algunas de esas reliquias de valor incalculable. No un valor material. Jamás me desprenderé de algunas piezas que...

El anciano se interrumpió.

Bajó la mirada con gesto abatido.

—Lamento desempeñar una desagradable misión, McCambrigde; pero se le advirtió hace ya un mes. Tiempo suficiente para que trasladara cualquiera de esos objetos que tanto aprecia a otro lugar. Sin tener que rendir cuentas a nadie. Patricia Conway fue muy generosa.

—¿Eso cree?

—Por supuesto. Usted no ha querido aprovecharlo, McCambrigde. Yo hubiera desmantelado El Anticuario. Llevándome todo lo de valor. Sólo dejaría unos trastos viejos para salvar las apariencias.

—¿Dónde hubiera trasladado esos objetos. Garrett?

—A otro local Ya tendría en compra o alquilado un lugar adecuado para almacenar todo. Patricia Conway le dio el plazo de un mes. Ya ha cumplido, McCambrigde. Ahora, en

tres días, debo hacer inventario de las existencias y Elizabeth Buxton las irá tasando y valorando. De haber aprovechado usted el tiempo, El Anticuario estaría ahora semivacío. Y nadie le hubiera recriminado su proceder. Lo verdaderamente importante para la Conway Company es la venta de la casa. Encontrarse con las existencias al completo es al- go que Patricia Conway no espera, pero que tampoco rechazará.

—Usted no puede comprenderlo, Garrett. Muchos de los objetos de la segunda planta no pueden salir de El Anticuario. Tienen que permanecer aquí. Deben permanecer aquí.

—Ciertamente no le comprendo, McCambrigde. Todos los objetos están a la venta,

¿no? Si llega un comprador y...

—Están a la venta, pero muy pocos pueden pagar su precio —dijo McCambrigde, enigmático—. Mi precio.

—Tengo entendido que una de las piezas más valiosas es una guillotina del siglo XVIII. El Museo del Horror de París quiere adquirirla. Sin duda le han llegado informes de 1a subasta que Patricia Conway piensa organizar con lo que quedara de El Anticuario. Si la guillotina está entre los objetos a subastar, el Museo del Horror de París pagaría hasta ciento cincuenta mil dólares.

Lou McCambrigde chasqueó la lengua.

—Sigue sin comprender, Garrett. Hay objetos que se pueden vender y... otros que no. Ni por todo el oro del mundo. Recuerdo una escena que presencié hace años. Yo era un chiquillo. Mi padre estaba en la segunda planta con un cliente. Un cliente muy importante de Nueva York. Se había encaprichado del Talismán Jvi-varí. Llegó a ofrecer a mi padre veinte mil dólares. Le hablo de la primera década del siglo, Garrett. Mi padre no acepto. Una semana más tarde entró en la tienda un vagabundo. Le entregó el Talismán Juvart. Sin pedirle un solo centavo. No, Garrett... Usted no puede comprenderlo.

Se abrió la puerta del despacho. Deborah quedó bajo el umbral.

Con la mirada fija en Malcolm Garrett.

—Mi abuelo necesita reposo, señor Garrett. Si ha quedado algún punto pendiente yo lo solucionaré.

Garrett se incorporó.

—Bueno, la verdad..., tanto la señorita Buxton como yo deseamos empezar el trabajo cuanto antes. Es mucha la labor que nos espera y sólo tenemos tres días para realizarla. Mi visita ha sido’ únicamente para anunciarles que estamos aquí.

—Pueden empezar cuando gusten —dijo Deborah, altiva—. Si se ha molestado en leer la nota del escaparate, verá que ya no se realizan ventas en El Anticuario. Cerrado al público por... inventario.

—¿Les parece bien después del almuerzo?

—Ya ha oído a mi nieta, Garrett —intervino el anciano—. Cuando quieran. Aquí les esperamos. Esta es nuestra vivienda y... Por cierto, ¿dónde se hospedan?

—En el Adler Hotel.
—Adelantarían mucho el trabajo pernoctando aquí. En el tercer piso hay habitaciones disponibles. Mi nieta y yo tenemos nuestros dormitorios en la planta baja. En la parte posterior. Puede contar con todo el tercer piso para usted y la señorita Buxton.
Garrett parpadeó.

Sorprendido por el ofrecimiento.
—Le agradezco su hospitalidad, pero no...
—Piénselo, Garrett. Le aconsejo lo comente con la señorita Buxton. Pernoctando aquí podrían trabajar hasta altas horas de la noche y reanudar temprano la labor.
—Lo consultaré. Adiós...
—Hasta luego, Garrett.
Deborah McCambrigde no se molestó en acompañarle
hasta la salida. Permaneció bajo el umbral.
Cuando el agudo chirriar de la puerta cesó, avanzó furiosa hacia el anciano.
—¿Por qué les has invitado, abuelo? ¡No los quiero aquí.
En el segmentado rostro de Lou McCambrigde se reflejó una siniestra sonrisa.
—¿Crees que soportarán una noche aquí, hija? ¿Deambulando por... la segunda planta? Los labios de Deborah quebraron la firme línea. También sonrió en demoníaca mueca. Por primera vez sus fríos e inexpresivos ojos destellaron con maligno fulgor.
—Sí... ha sido una magnífica idea, abuelo. Nadie conseguirá arrojarnos de aquí. Estamos muy protegidos. Contamos con los... defensores de la segunda planta.

# CAPITULO II

La habitación del Adler Hotel estaba en suave penumbra.

Acostumbrándose a ella se podía contemplar el boudoir, el armario, las dos butacas, el mueble televisor, el carro-bar, las dos mesas de noche escoltando la amplia cama.,.

Y

Elizabeth

Buxton.

Sí.

La penumbra reinante también permitía admirar a Elizabeth. Voluptuosamente tendida sobre el lecho. Con una vaporosa negligé de frágiles tirantes. La sábana a los pies de la cama.

El respirar de Elizabeth era acompasado.

Malcolm Garrett, al sentarse sigilosamente en el borde del lecho, contempló el rítmico subir y bajar de los pechos femeninos. La transparente tela permitía divisar la suave redondez de los senos remarcados por la ancha aureola de los pezones. La negligé, ya de por sí cortita, había subido descubriendo totalmente los esbeltos muslos para mostrar el breve y triangular encaje del slip.

Garrett posó su diestra sobre la rodilla izquierda de la muchacha a la vez que le dirigía una mirada al rostro.

Las bellas facciones de Elizabeth no se alteraron. Su melena lasa siguió en abanico sobre la almohada. Las largas pestañas inmóviles custodiando los cerrados párpados. Un leve aletear en su respingona nariz. Los labios, gordezuelos y tentadores, ligeramente entreabiertos.

Garrett deslizó la mano por el muslo.

Lentamente.

Acariciadora.

La palma abierta, los dedos extendidos...

Elizabeth se removió en el lecho ahogando un suspiro. Se ladeó abrazándose a la almohada. Al situarse de costado, la diestra de Garrett quedó aprisionada entre los muslos femeninos.

Malcolm Garrett sonrió comenzando a mover los dedos de izquierda a derecha. Sólo el dedo corazón consiguió llegar a rozar el encaje del slip.

Elizabeth volvió a removerse. Ahora más inquieta.

Ronroneando como una gata. Instintivamente abrió y cerró las piernas un par de veces.
Garrett se inclinó para besarla en el cuello. Aquello sí despertó a la muchacha.
Y su sobresaltado respingar hizo retroceder aparatosamente a Garrett hasta hacerle caer del lecho.
—¿Quién...? ¿Quién está ahí?
—Tranquila, Elizabeth... Soy yo..., Malcolm.
La joven tanteó nerviosamente sobre la mesa de noche hasta conseguir accionar el interruptor de la lámpara.
—¡Malcolm!... ¿Qué haces aquí?... ¿Por dónde has entrado?
Garrett, sentado sobre la alfombra, sonrió para seguidamente incorporarse.
—Nuestros respectivos cuartos de baño se comunican. Tenemos habitaciones contiguas,
¿recuerdas? Olvidaste pasar el cerrojo.
Elizabeth, al percatarse de que la lámpara enfocaba su liviana vestimenta, enrojeció gateando por la cama para atrapar la sábana. Aquello la hizo mostrar inconscientemente su lindo trasero.
La joven se tornó como la amapola.
Se cubrió con la sábana hasta el cuello.
—¡Eres... eres...!
—Sólo quería gastarte una broma.
—¿Una broma? Desde hace una semana, cuando fuimos presentados en la Conway Company de San Francisco, te estás tomando muchas libertades. ¡Demasiadas confianzas! Ayer cuando ultimábamos el trabajo a realizar, durante el desayuno en el avión... ¿crees que no me daba cuenta? ¡Siempre aprovechando la menor oportunidad para echar mano!
—Me gustas, Elizabeth.
—¡Fuera de mi habitación!
Garrett hizo una mueca de resignación.
—Okay. Sólo entré a despertarte. Quise hacerlo con amabilidad, con delicadeza, cariño...
—Ya. Si llego a tener el sueño pesado hubiera terminado violada.
—Me juzgas mal, Elizabeth. Soy un caballero.
—Un caballero no entra furtivamente en la habitación de una dama y se dedica a contemplar aprovechando su descanso. ¡Y si sólo hubiera sido contemplar!...
—De acuerdo, Elizabeth. Me casaré

contigo. La muchacha
volvió a enrojecer.
—Voy a llamar a recepción. Haré que el detective del hotel te...
—Ya me voy, ya me voy... Sólo quería comunicarte de que he visitado El Anticuario. Podemos empezar a trabajar después del almuerzo. Y ya es la hora de almorzar.
—Necesito tiempo para arreglarme.
—Todo el que quieras, Elizabeth. También yo quiero ducharme y cambiar de ropa. Ha sido una buena idea ir a echar un vistazo por Old North Parry mientras tú quedabas aquí durmiendo tranquilamente.
—¡Estaba cansada!
Garrett chasqueó la lengua encaminándose hacia el contiguo cuarto de baño.
—Jamás hubiera imaginado tan brusco despertar en ti, Elizabeth. Una muchacha todo encanto y dulzura...
Elizabeth le siguió con furiosa mirada.
Al verle desaparecer tras el segundo cuarto de baño, respiró con fuerza soltando la sábana.
Se reclinó sobre la almohada procurando calmarse. De la mesa de noche atrapó una cajetilla de Triumph. Aplastó el mentolado a medio consumir.
Continuaba excitada.
Le llegó el chapotear del agua procedente del cuarto de baño contiguo al de su habitación. También la voz de Garrett berreando un renacido tema de The Beatles.

Aquello pareció irritar aún más a Elizabeth.
Terminó por reconocer que su excitación no era motivada por la discusión con Garrett. Había sido despertada en pleno sueño. Un libidinoso sueño erótico.
¿O no fue un sueño?
Elizabeth recordaba las audaces caricias de
un amante sin rostro. Sí.
Estaba excitada.
Y Malcolm Garrett era el culpable. Con sueño erótico o sin él.
La muchacha saltó del lecho encaminándose con decidido paso hacia el cuarto de baño. No dudó en hacer girar el pomo de la puerta que comunicaba con la estancia contigua.
Garrett, por supuesto, no tenía puesto el cerrojo.
Elizabeth se encontró en un cuarto de baño similar al suyo.
Malcolm Garrett ya no se encontraba allí, pero su voz continuaba siendo audible. Ahora hacía polvo una canción de Presley.
—Malcolm...

Garrett enmudeció girando sobresaltado. Sujetando la toalla anudada a su cintura. Por su desnudo tórax aún resbalaban gotas de agua. Parpadeó repetidamente al contemplar a Elizabeth.
La muchacha permanecía junto a la abierta puerta del baño.
—¿Qué...
qué haces
aquí?
Elizabeth
demoró la
respuesta.
Aprovechó la pausa para levantar levemente la negligé e introducir los pulgares bajo el elástico del slip. Bajó la diminuta prenda con rapidez. Luego, con un sensual movimiento de hombros, hizo caer los tirantes y la vaporosa negligé quedó a sus pies.
Totalmente desnuda avanzó hacia el estupefacto Garrett.
—Termina lo que has empezado, Malcolm.

*
*
*

Se había hecho muy tarde.
De ahí que decidieran por almorzar en el restaurante del Adler Hotel. Malcolm Garrett lo culminaba con un aromático café y una copa de brandy. La joven con un helado especial.
—¿Crees que es buena idea, Malcolm?
—Sin duda alguna —asintió Garrett, exhalando una bocanada de humo—. Aquello es un auténtico maremágnum. Lou McCambrigde no parece haberse desprendido de nada. Y conste que hablo únicamente de la primera planta. No he llegado a subir a la segunda.

—La preferida de McCambrigde es la segunda planta. La que le ha hecho popular. Su especialidad... y la mía.
Garrett sonrió.
—El viejo McCambrigde se mostró muy sorprendido cuando le informé que el tasador era una mujer. No podía imaginar a una mujer especialmente en temas tan tenebrosos.
—Soy decoradora, licenciada en Arte Antiguo, experta en Parapsicología, en Ciencias Ocultas...
—Por favor, Elizabeth... No me abrumes con tu sabiduría. Ten piedad de un pobre ignorante.
—Puedes burlarte, pero es la verdad. Antes de que la señorita Conway me contratara para este trabajo prestaba mis servicios en la Meyer Gallery de San Francisco. También he estado un año en

el Museo Negro de Nueva York.

Garrett parpadeó.

Contempló con cierta admiración a la joven.

—He oído hablar de ese museo. Fundado para los adoradores de Satán.

—No digas tonterías —rió Elizabeth, jocosa—. El Museo Negro es simplemente un muestrario de obras de arte relacionadas con el culto al diablo; pero volvamos a Lou McCambrigde. ¿Dices que El Anticuario está al completo? ¿Con todas sus existencias?

—Sí. Ha dejado transcurrir el plazo sin beneficiarse. Pudo dejar la tienda vacía, pero no lo ha hecho. Es como si no tuviera intención de marcharse de allí.

—Comprendo al viejo McCambrigde. El fue el fundador de El Anticuario. A primeros de siglo.

—¿Comprender a Lou McCambrigde? Lo dudo, Elizabeth. Es un tipo extraño. Me comentó que habían rechazado a un importante comprador interesado por el Talismán Juvart y unos días más tarde lo regalaba a un vagabundo.

Una súbita mueca de estupor e incredulidad se apoderó del rostro de la muchacha.

—¿El Talismán Juvart? ¿Estás seguro de que dijo eso?

—Sí... ¿por qué?

La joven extendió la mano izquierda para apoderarse de la cajetilla de tabaco de Garrett. Con imperceptible temblor encendió el cigarrillo.

—El Talismán Juvart... Por supuesto que no podía venderlo. Sobre él hubiera caído la maldición de Juvart. Sólo puede ser entregado a un seguidor de la secta. Sin recibir nada a cambio.

—¿De qué estás hablando?

—Juvart es el nombre dado a un demonio de la tercera jerarquía del Averno. Utiliza sus infernales poderes encarnándose en forma humana. El primer dato que se tiene de él data del siglo XVI. En Inglaterra. Allí fue embarazada una mujer por el íncubo Juvart. Engendró un horrible monstruo que sembró el terror por toda la comarca. Los adoradores de Juvart se extendieron. En sus depravadas orgías se fecundaron nuevos seres. Criaturas deformes y satánicas que, tarde o temprano, eran aniquiladas. Las autoridades persiguieron a los sectarios hasta exterminarles. Juvart empezó de nuevo su labor y, para proteger a sus más leales seguidores, construyó siete talismanes. El portador del talismán, en el momento de fecundar a una mujer, engendra a un...

—Robert Redford.

Elizabeth hizo una mueca.

Molesta por la interrupción y más aún por el burlón comentario.

—No, Malcolm. Juvart y sus sectarios sólo pueden engendrar seres monstruosos. Sólo que, con el talismán, esas criaturas serian inmortales. Jamás destruidas por el hombre. Y fue aquí, en los EE.UU., donde nació la primera de ellas. El primer caso de licantropía.

—Un hombre lobo, ¿eh?

—Haces mal en burlarte de ciertas cosas, Malcolm.

Garrett interrumpió el iniciado ademán de llevarse la copa de brandy a los labios para dirigir una inquisitiva mirada a la muchacha.

—¿Tú crees en todo eso, Elizabeth? No es más que alimento para ignorantes.

¡Superchería!

—Un noventa por ciento superchería. Queda un diez por ciento. En ese diez por ciento investigo... y creo.

Malcolm Garrett se encogió de hombros.

Dando a entender que no quería discutir sobre el tema. Consultó el reloj de pulsera.

—¿Qué te parece si nos vamos? Nos espera una dura jornada.

—Tu trabajo de inventario es más laborioso. Yo valoraré lo más importante. Agrupándolo en lotes, aunque reconozco que tres días es poco tiempo. Máxime con la tienda repleta.

—Pues tenemos que hacerlo —dijo Garrett, firmando en el ticket de consumición—.

Patricia Conway quiere El Anticuario libre dentro de tres días.

—Para dar paso a las excavadoras de la Lasser & Orrs. Se incorporaron encaminándose hacia la salida.

—Me parece detectar un ligero tono de reproche en tu voz.

—Existe, Malcolm. El Anticuario, el Teatro del Horror, La Pagoda... Son muchas las casas del Old North Parry que encierran valor histórico. Lamentablemente en arquitectura dejan mucho que desear. De ahí que nadie levante una voz de protesta contra el proyecto de la Lasser & Orrs.

—Tengo entendido que se piensa construir una réplica del Rockefeller Center. Algo fabuloso.

—Y todo el barrio del Old North Parry desaparecerá.

—Renovarse o morir —sonrió Garrett, abriendo la portezuela del Corvette. Elizabeth, antes de introducirse en el vehículo, dijo con enigmática voz:

—No, Malcolm. El fantasma del Old North Parry flotará siempre sobre los gigantescos bloques de cemento del complejo Lasser & Orrs. Algunas cosas no mueren jamás.

# CAPITULO III

Empezaron por los objetos más delicados, de mayor valor y poco voluminosos. Primeros espejos y cuadros. Algunos de los lienzos resultaron obras de maestros de la pintura. En porcelana, marfil, bronce, alabastro y cristal también había auténticas maravillas.

—Maldita sea, Elizabeth... Déjalo. ¿No lo has valorado ya? La muchacha depositó lentamente el retablo.

Dirigió una despectiva mirada a Garrett.

—Eres muy poco sensible, Malcolm. ¿Te sorprende que quede extasiada ante una obra de arte?

—Si te quedas embelesada en cada una de ellas no terminaremos nunca. ¿Qué hay de aquellos tres cuadros?

—Deja el espacio de tasación en blanco. No están firmados. Uno de ellos me parece un Hogarth, aunque eso lo determinarán los expertos. Sí estoy segura de que corresponden al siglo XVII, pero no me arriesgo a valorarlos.

—Okay. Sigamos.

Pasaron a una estantería donde se agrupaban las armas antiguas. Culebrinas, un arcabuz del siglo XV, espingarda árabe y gran variedad de pistolas y revólveres del pasado siglo. En lugar destacado un rifle «Kentucky» del año 1727. Era mayor el muestrario de las armas blancas. Dagas, puñales y espadas. El clásico alfanje ruso, el temible kris malayo de hoja ondulada, el alfanje turco...

El sonido de unos pasos interrumpió la labor de Garrett y Elizabeth. Apareció Deborah McCambrigde. Enfundada en uno de sus negros vestidos.

La mujer les dedicó una fría mirada, aunque fue fácil adivinar en ella un marcado desprecio.

Se encaminó hacia la salida. Sin pronunciar palabra alguna.

—

Simpática,
¿eh,
Elizabeth?
La
joven
sacudió
la
cabeza.
—Me produce escalofríos. Hay algo en su mirada... No sé definirlo, pero es como si te observaran los ojos de un ciego.
—Tampoco el abuelo resulta muy tranquilizador.
—Conmigo ha sido muy amable —confesó Elizabeth—. Al proporcionarme su libro de registro y control me ha hecho un gran favor. Las existencias más valiosas las tiene tasadas a un precio muy actualizado. También, de no ser por el libro registro, me hubiera resultado muy difícil catalogar determinadas piezas.
—Elizabeth...
—¿Sí?
—¿Te has fijado en la palidez de Deborah McCambrigde?
—No me sorprende. Dada la edad de Lou McCambrigde, debe ser ella la que dirige el negocio. La compadezco. Siempre aquí encerrada... Es una mujer joven que no ha disfrutado de la vida.
—Puede que sea otra la causa de su sempiterna palidez.
—¿A qué te refieres?
—Los vampiros tampoco
reciben la luz del sol.
Elizabeth parpadeó.
Tras unos instantes de estupor rió en cantarina carcajada.
—Tienes muy desarrollado el sentido del humor. Malcolm. ¿Hacemos un alto o seguimos?
—Llevamos cuatro horas ininterrumpidas —suspiró Garrett, consultando el reloj—. Mejor será ir a cenar y despejarnos un poco.
Elizabeth estaba tras el mostrador. Frente a unos apartados etiquetados que comparaba con uno de los catálogos proporcionados por el viejo McCambrigde.
—Terminaré primero con esta estantería, Malcolm. Será breve. Es una colección de sellos y monedas. Ya está reseñada y valorada. ¿Quieres que te dicte las existencias?
—Adelante.
Malcolm Garrett manejaba una tablilla y un roll pen. Abrió la pinza de la tabla para colocar un nuevo folio. Por espacio de quince minutos fue detallando las diferentes colecciones de sellos y monedas.
—Ya está, Malcolm.

Garrett volvió a suspirar. Ahora más ruidosamente. Abrió un portafolios para introducir la tablilla. La pinza sujetaba ya un elevado número de hojas.
—Salgamos a respirar, Elizabeth.
La muchacha también recogió sus apuntes, catálogos y manuales de consulta. Dirigió una mirada por la estancia.
—Esto es enorme... La tienda ocupa toda la planta baja de la casa.
—Exceptuando la vivienda y el almacén.
—¿Almacén?
—Aquella puerta del final —señaló Garrett—. Sólo hay muebles. ¿Quieres echar un vistazo?
—De acuerdo. Unicamente para hacerme una idea del material.
Atravesaron parte del local dejando a la izquierda la escalera de caracol. Aunque se habían derribado tabiques, quedaban todavía muros de separación que convertían la tienda en un laberinto,
Garrett abrió la puerta.
Aquel trastero era también espacioso. Plagado de voluminosos muebles protegidos por cubrepolvos. Semejando fantasmagóricas figuras.
Elizabeth alzó levemente una de las lonas.
—Una silla Luis XV...
—No es momento de sentarse —bromeó Garrett—. ¿Nos vamos ya?
—Espera... ¿dónde conduce aquella escalera?
—Es la escalera principal de la casa, Elizabeth. Los McCambrigde han variado la estructura del edificio al tirar tabiques y tapiar la primitiva puerta principal. Esa escalera de caracol de la tienda es la que se utiliza para subir a las plantas superiores. Creo que hay otra salida en la parte posterior de la casa, junto a la zona en que Lou McCambrigde y su nieta han acondicionado como vivienda.

—Y nosotros a dormir en el tercer piso.
—Aún estamos a tiempo de rectificar. Recuerda lo confortable que es mi cama del Adler Hotel.
Elizabeth enrojeció.
Fingió ignorar el comentario de Garrett.
—Hay mucho trabajo, Malcolm. Pernoctaremos aquí. Mañana vienen los de embalar. Tienen que encontrar ya preparados muchos lotes. Después de cenar nos dedicaremos a los muebles, baúles y demás objetos voluminosos. Nos quedará más sitio para respirar.
Retornaron sobre sus pasos.
Malcolm Garrett, al pasar junto a la escalera de caracol, esbozó una sonrisa.
—Oye, Elizabeth... En la segunda planta también hay objetos voluminosos. Mientras tú platicabas con Lou McCambrigde estuve

curioseando.
—También yo lo haré antes de acostarme.
—No te lo aconsejo.
—¿Por qué no?
La sonrisa se borró paulatinamente del rostro de Garrett. Entornó los ojos fijándolos en la espiral escalera.
—Te quitaría el sueño, Elizabeth. Y aún en el remoto caso de que lograras dormir, sufrirías horrendas pesadillas.

* * *

Cenaron en un snack del Old North Parry Próximo a El Anticuario.
Coincidieron en la elección del menú. Jugoso y grueso beefsteak con guarnición. Garrett repitió la espumosa jarra de cerveza negra.
—Café, ¿verdad, Malcolm?
—Sí, pero no aquí —dijo Garrett, encendiendo un cigarrillo—. Hay otros lugares más animados.
Abandonaron el snack.
La noche ya era dueña de la ciudad. Los multicolores luminosos de neón que rivalizaban por Hollywood, Beverly Hills y demás zonas de Los Angeles, eran prácticamente nulos en el Old North Parry.
Sólo el Teatro del Horror y algún que otro local de espectáculo quebraba la oscuridad con los intermitentes destellos de neón.
Elizabeth se estremeció buscando el brazo de Garrett.
—¿Tienes frío?
—No... Ha sido un súbito temblor. Hace años estuve aquí. En el Old North Parry. Contemplando sus viejas casas. Reconozco que fue a la luz del día. Una mañana de esplendoroso sol. Ahora me resulta todo tan distinto... Se respira una atmósfera sórdida.
—Las noches del Old North Parry están dedicadas al placer, Elizabeth. Placeres prohibidos. Emociones fuertes que no se encuentran en el centro de Los Angeles ni en las zonas residenciales. De ahí esta oscuridad en las calles. Contribuye a crear un clima

pecaminoso. Un señuelo para los aburridos de Hollywood.
—No me gusta.
Estaban cerca del Teatro del

Horror.

Malcolm Garrett se detuvo frente a la entrada de un club. The Crow.

—Entremos aquí, Elizabeth.

—Pero...

Garrett acalló toda posible respuesta empujando a la muchacha hacia el interior del local.

De inmediato quedaron envueltos por un penetrante vaho. Una cargada bocanada de entremezclados olores. El sudor humano, el humo del tabaco, perfume barato... Todo ello creaba una atmósfera densa y desagradable.

Un cuervo enjaulado, sin duda en referencia al hombre del local, colgaba del techo. Sus graznidos eran ahogados por la música y bullicio reinante. La sala no era muy amplia. Varias mesas cercaban una circular pista de baile. A la izquierda un largo mostrador. En él lado opuesto unas discretas mesas separadas por biombos.

La iluminación del local se limitaba a unos pilotos rojos fijos en las paredes y en el girar de una bola multicolor destelleante.

—Bonito lugar para tomar café —dijo Elizabeth, con gracioso mohín mientras se acomodaba en uno de los taburetes del mostrador.

—El café lo tomaremos luego, Elizabeth. Ahora un combinado para alegrar el espíritu. Un par de «Pop-gun», ¿de acuerdo?

Garrett hizo una seña al *barman.* Sin esperar la aprobación de la joven solicitó los combinados.

—Por nosotros, nena.

Elizabeth arrugó la nariz al olfatear el vaso.

—¿Crees que podré seguir luego el trabajo?

—Seguro. El «Popgun» es suave.

Elizabeth bebió a pequeños sorbos. Con cierta desconfianza.

—Está bueno —sonrió tras saborearlo—. ¿Conoces la fórmula?

—Zumo de naranja, vodka, whisky y ginebra.

—¿Hablas en serio?
—Vamos a bailar, Elizabeth —dijo Garrett, arrebatándole el vaso y colocándolo sobre la barra—. Tenemos que aprovechar al máximo nuestra breve escapada.
No había orquesta. Lo que sonaba en la sala era música enlatada. El sistema de altavoces no era del todo correcto, pero poco importaba. Contadas parejas se dedicaban a seguir el ritmo. Ni tan siquiera movían los pies.
Malcolm Garrett tampoco destacó en sacarle brillo al encerado. Abarcó la cintura de Elizabeth atrayéndola contra sí. La muchacha le colgó los brazos al cuello.
—Malcolm... eso de aprovechar al máximo...
—¿Sí? —susurró Garrett, pasando la lengua por el lóbulo izquierdo femenino.
—Pues... creo que te estás pasando. ¿Qué te parece si te dedicaras a bailar?
—Tonterías.

Garrett deslizó las manos por la espalda de la joven. Terminó por pasarla sobre las redondeadas y prietas nalgas. Presionándolas contra sí. Percibió el calor del cuerpo femenino. Los senos estrujados contra su pecho.
—Malcolm, por favor...
Elizabeth desmintió su protesta moviendo levemente las caderas. Apretándose contra Garrett. Con sensual e imperceptible vaivén.
La música cesó.
Se iluminaron más luces en el local.
Garrett y Elizabeth, al igual que otras parejas fogosas, tardaron unos instantes en reaccionar.
La muchacha inclinó la cabeza roja como la grana.
—Vamos a recuperar fuerzas con el «Popgun» y... Garrett se interrumpió.
Se encontraban próximos a las mesas separadas por biombos. Una de ellas estaba ocupada por Deborah McCambrigde, un individuo... y un enano.
Deborah también les descubrió. Quiso desviar velozmente la mirada, pero Malcolm Garrett avanzó tirando de la mano de Elizabeth.
—Buenas noches, señorita McCambrigde —saludó Garrett, sonriente—. Es una grata sorpresa encontrarla en un lugar como éste.
—¿Qué tiene de sorprendente?

—Pues... no sé. Simplemente que no la imaginaba frecuentando un club nocturno.

—Tampoco yo a ustedes —replicó Deborah, con serena voz—. Máxime con el trabajo que todavía les queda por realizar.

—Ya nos disponíamos a marchar —intervino Elizabeth—. Salimos a cenar y...

El individuo que estaba sentado junto a Deborah metió baza en la conversación.

—Presenta a tus amigos, Deborah.

El rostro de Deborah McCambrigde delató sin disimulo alguno el poco entusiasmo que le producía la sugerencia de su compañero. No obstante se permitió el despilfarro de esbozar una sonrisa.

—La señorita Buxton, experta en Arte Antiguo y... Ciencias Ocultas. El señor Garrett es uno de los abogados de la Conway Company. Este es Hal Sterling, actor y director artístico del Teatro del Horror.

—¡Te olvidas de mí, Deborah!

La chillona voz del enano hizo ampliar la sonrisa a la enlutada mujer.

—Nada de eso, Dustin. Imposible olvidar al gran Dustin Barnes. Uno de los más terroríficos actores de! Teatro del Horror. ¡El número uno!

El enano saltó del asiento haciendo una grotesca reverencia. Puesto en pie, su deforme y voluminosa cabeza era lo único que sobresalía por encima de la mesa. Rostro redondo. De facciones aplastadas. De una fealdad repelente. Unos ojos saltones destacaban en su horrendo rostro, coronados por pobladas cejas. Una boca grande, a juego con el macrocéfalo. Tenía los brazos cortos, gruesos, con unas manos que parecían muñones, Las piernas también cortas y arqueadas como las de un *cow-boy.*

El gnomo avanzó dando unos extraños brincos a la vez que tendía su diestra. Garrett la estrechó.

Y aquella deforme mano se desvió hacia Elizabeth.

La muchacha la aceptó. Sin sentir repulsión alguna, pero cuando descubrió los ojos del enano fijos en ella, sí se estremeció.

Los ojos de Dustin Barnes, aquellas saltonas esferas, parecían devorarla con la mirada. Centrados en las piernas, vientre y busto de Elizabeth. Recorriendo una y otra vez la zona. Sin disimular el lujurioso brillo. Incluso pareció asomar un hilillo de baba por la comisura de su enorme boca.

Elizabeth
retiró
la

mano.
Dominando
su
repugnancia.
Consciente de la sucia mirada de Barnes. Casi podía palparse la lascivia del enano.

—Sospecho que ha causado impresión en el bueno de Dustin, señorita Buxton — comentó Hal Sterling, risueño—. Es un conquistador empedernido. Tal vez le asombre, pero tiene éxito con las mujeres.

Elizabeth trató de forzar una sonrisa, pero no lo logró.

—Los enanos somos disputados por las mujeres desde hace siglos —dijo Dustin Barnes, con su aguda y desagradable voz—. ¿Sabe quiénes fueron Ita y Pta?

—Sí, por supuesto -murmuró Elizabeth—. Dioses enanos egipcios que se veneran junto con el dios Mutu y otras divinidades antiguas.

—Correcto. Nerón, Domiciano. Tiberio y Calígula tenían una corte de enanos.
¿Bufones? ¡No, infiernos! Esos enanos eran disputados por las damas romanas. Por la mismísima emperatriz. Igual ocurre ahora. Furtivamente me llegan excitantes invitaciones de refinadas damas. También de estrellas de Hollywood. Enfebrecidas por morboso deseo. El contemplar mi cuerpo desnudo las aterra, pero no me rechazan. Vienen a mí. Quieren experimentar el desconocido placer de copular con un monstruo.

—Hablas demasiado, Dustin.

El enano parpadeó por el reproche de Deborah. Desvió sus ojos hacia Elizabeth. Tuvo que echar la cabeza hacia atrás para contemplar el rostro de la joven.

—¿La he escandalizado?

—No...

—¿Por qué no comparten nuestra mesa? —invitó Hal Sterling—. Conversaremos un poco. Todavía nos queda tiempo, ¿verdad, Dustin?

El enano asintió.

—Cierto. Dentro de una hora .comienza la última función del Teatro del Horror.

—Disculpen, pero tenemos trabajo —dijo Elizabeth—. ¿Nos vamos, Malcolm?

Antes de que Garrett respondiera llegó uno de los camareros del local. Portando en una bandeja los «Popgun» dejados en el mostrador.

—Me he permitido traer aquí las bebidas que...

—Muy buena idea, Salkow —reconoció Sterling al camarero—. Carga esas consumiciones en mi cuenta. Siéntese...

Deborah se incorporó.

—Yo debo irme. Tengo que preparar la cena para el abuelo, ¿Lleva encima la llave que le proporcioné, Garrett?

—Sí.

—Perfecto. No olvide de cerrar con llave El Anticuario. Buenas noches.

Deborah se alejó con su peculiar gesto altivo.

—No la juzguen mal —dijo Hal Sterling—. Avinagró su carácter desde la muerte de su padre, pero por favor... Siéntense. Terminen las bebidas.

El enano sonrió alargando su deforme brazo para señalar su asiento.

—Señorita Buxton...

Elizabeth tragó saliva. No le quedaba más alternativa que compartir el sofá dos plazas con Dustin Barnes.

El otro diván estaba separado por la mesa. Garrett se sentó junto a Hal Sterling.

—Disponemos de poco tiempo, Sterling.

—Lo comprendo, Garrett. Conozco bien El Anticuario. Más de una vez he ido a vender alguna de mis pertenencias.

Dustin Barnes rió el comentario de su compañero.

—¡Eh, Hal!... ¿Por qué no les invitas a presenciar nuestra función? ¡En el palco reservado a personas importantes! ¿Le gustaría, señorita Buxton?

Elizabeth contempló con forzada sonrisa al enano.

Sentado junto a ella. Demasiado próximo, dado que a su otro lado quedaba mucho espacio. Los pies no le llegaban al suelo. Su deforme cabeza a la altura de los senos femeninos. Y los saltones ojos de Barnes allí quedaban fijos. Devorando lujuriosos los pechos de Elizabeth.

La joven fue incapaz de responder. Aturdida por la descarada e insultante mirada del repulsivo Barnes.

—¿No lo entiendes, Dustin? —intervino Sterling, en ayuda de la muchacha—. Tienen mucho trabajo. Les resulta imposible aceptar, ¿verdad, señorita?

Elizabeth le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

Hal Sterling era el reverso. Un individuo joven. De unos treinta años de edad. Atlético. De atractivas y varoniles facciones. Vestimenta

deportiva. Podía catalogarse como el clásico playboy o actor de Hollywood que, por adversas circunstancias había anclado en el Teatro del Horror.

—Cuando terminemos el trabajo sí será un placer presenciar la función —dijo Garrett, tras beber un largo trago—. ¿Hace mucho tiempo que conoce a Deborah?

—Alrededor de cinco años. Dustin les conoce aún más. Yo llegué con contrato para una sola temporada, pero me gustó esto. Old North Parry es algo único. Recuerdo que mi llegada coincidió con la muerte de Ralph McCambrigde, el padre de Deborah.

—¿Hace cinco años?

¿Murió hace cinco años?

Sterling asintió.

—Correcto, Garrett.

—Imaginaba que la muerte era más reciente. La enlutada vestimenta de Deborah... Cinco años es mucho tiempo. Incluso para mantener ese carácter... avinagrado.

—Cierto, pero hay que reconocer que Ralph McCambrigde no era un hombre como los demás. Y también su hija Deborah es diferente.

—¿Qué quiere decir?

—Pues es algo que...

Le interrumpió la voz de Elizabeth.

Un leve susurro.

—Malcolm...

Garrett contempló a la muchacha.

El rostro de Elizabeth pálido como 1a azucena.

—¿Te ocurre algo?

—No me encuentro bien. Malcolm —dijo Elizabeth, con voz apenas audible—. Necesito salir de aquí. Estoy muy mareada.

Garrett, aún consciente de que la joven no decía verdad, decidió complacerla. Sí. Lo del mareo era falso.

Elizabeth únicamente estaba espeluznada. Como si una viscosa serpiente le subiera por las piernas.

Ese era el efecto que le producía la mano derecha de Dustin Barnes.

La diestra del enano que, oculta bajo la mesa, hurgaba por introducirse entre los muslos de Elizabeth.

# CAPITULO IV

La risa de Malcolm Garrett incrementaba la furiosa expresión en el rostro de la joven.

—¿Qué le encuentras de divertido?

—¡Haces cada ligue, Elizabeth!...

—¡Eres odioso, Malcolm!... ¡Odioso! Desde el primer momento tenías que haber salido en mi defensa. Ese sucio individuo me devoraba con la mirada. Me pareció estar desnuda ante él. ¡Desnuda y acariciada! Jamás había sido tan humillada. ¡Y tú tan tranquilo!

—¿Qué querías que hiciera? ¿Emprenderla a puñetazos con un enano? Fue una chiquillada, Elizabeth. Reconócelo.

La muchacha agrandó los ojos.

Se detuvo reteniendo también la marcha de Garrett al sujetarle por el brazo. Obligándole a enfrentarse a ella.

—¿Una chiquillada? ¿Qué edad crees que tiene Dustin Barnes?

—Ni idea.

—Haz un cálculo aproximado.

—Pues... considerando el tamaño de su cabeza puede estar rondando los ochenta años. Tal vez más.

—Sigue, Malcolm, sigue burlándote. Fue todo muy gracioso.

—Le das demasiada importancia —dijo Garrett, rodeando tranquilizador los hombros de la joven—. Ese Dustin Barnes es un pobre diablo. Quiso aprovecharse. Eso es todo.

—Fue... fue muy desagradable, Malcolm. Al sentir su mano quedé como paralizada. Aún no me explico como no salí corriendo. Es repulsivo... un ser monstruoso...

—Olvídalo.

—Sí, tienes razón. Bésame, Malcolm.

Garrett no se hizo rogar.

Tampoco le importó encontrarse en la plaza principal del Old North Parry. Besó largamente los gordezuelos labios de Elizabeth.

Entrelazados prosiguieron caminando.

El Anticuario era como una ciclópea sombra. Escoltada por dos ruinosas casas ya declaradas en ruinas y también envueltas en la oscuridad.

Ni una sola luz en la fachada.

—¿Estás animada para reanudar el trabajo?

—No mucho —suspiró Elizabeth, sonriente—, pero no hay otro

remedio. Este trabajo debía ser realizado por un equipo de peritos. No me explico como Patricia Conway nos ha designado sólo a nosotros dos. Tú haciendo inventario y yo tasando.
—Tiene una fácil explicación, Elizabeth. Imagínate al frente de El Anticuario. Tienes un mes de plazo para vender las piezas más valiosas o trasladarlas de lugar. Todo ello en tu propio beneficio. ¿Dejarías algo?
—Muy poca cosa.
—Correcto. Eso mismo pensó Patricia Conway. Creyó que Lou McCambrigde dejaría únicamente unos trastos viejos.
—Y todo está ahí.
—Puede que incluso haya adquirido alguna otra cosa más.
—El no es el propietario, ¿verdad?
—¿Lou McCambrigde? Supongo que no —Garrett rebuscó por los bolsillos la llave de entrada a la tienda—. Ignoro qué contrato le une con Patricia Conway, pero lo cierto es que debe abandonar la casa dentro de tres días. Patricia Conway parece ser también la dueña del negocio. Es algo ajeno a la Conway Company. Un contrato entre los Conway y los McCambrigde.
—No me resulta simpática Patricia Conway. Sólo he hablado con ella una vez. Cuando me contrató. Suficiente para catalogarla. La clásica jovencita adinerada, orgullosa, altiva, dominadora...
—Y muy bonita.
—Sí. ¿Tienes relaciones con ella? ¿Relaciones... íntimas? Garrett rió divertido por la pregunta.
Introdujo la llave en la cerradura.
—Pertenezco a la Conway Company desde hace un par de años. Formo parte del comité jurídico y laboral de la empresa. Un abogado más del grupo de asesores. Sólo eso.
Malcolm Garrett empujó la pesada puerta. El chirríente sonido producía espeluznos.
—¿Por qué no la engrasas? Me pone nerviosa el... ¿Dónde estás, Malcolm?
Garrett se había adelantado unos pasos tanteando en la oscuridad hasta dar con el interruptor. Tres lámparas iluminaron a lo largo de toda la tienda.
Elizabeth realizó un gracioso salto al cerrarse la puerta.
—¡Y que no se cierre sola!
El seco portazo había retumbado con estruendo en la estancia.
—Sigues nerviosa, nena. Creo que sería mejor retirarnos a dormir y

madrugar mañana.
—No. Tenemos que seguir... y madrugar igualmente. Yo voy a los muebles del almacén. Tú puedes dedicarte a agrupar lotes y numerarlos para los de! embalaje.
—*Okay.*
La muchacha se hizo nuevamente cargo de catálogos, libretas y notas de apuntes. Desapareció tras la puerta del fondo.
Malcolm Garrett fue arrinconando lo ya clasificado y tasado. Facilitando la labor al personal de cartonaje que llegaría mañana para empaquetar debidamente los objetos para su posterior traslado.
Elizabeth retornó al cabo de una hora larga.
—¿Cómo va el trabajo, Malcolm?
—Ya he terminado —dijo Garrett, apartando el cigarrillo de los labios—, ¿Y lo tuyo?
—También.
—Entonces mejor será irnos a dormir. Ha sido un día muy duro.
Elizabeth dirigió una significativa mirada al singular despacho de Lou McCambrigde.
—¿Sin despedirnos de nuestros anfitriones?
—Dudo que estén despiertos. Ya es muy tarde, Elizabeth. Y recuerda que estamos desempeñando una labor no grata para los McCambrigde. Me han indicado nuestras habitaciones de la tercera planta. No necesitamos más.

—Tiene razón.
Garrett tomó el neceser de la joven avanzando hacia la escalera de caracol. Pulsó el interruptor acoplado sobre una de las columnas.
—Apaga la luz de la entrada, Elizabeth.
La muchacha obedeció acudiendo seguidamente junto a Garrett.
Al quedar la estancia en penumbra se advirtió el resquicio de luz que se filtraba bajo la puerta del despacho de McCambrigde.
El interruptor accionado por Garrett iluminaba un foco situado en la escalera y las luces de la segunda planta.
Malcolm Garrett se hizo a un lado permitiendo que la muchacha iniciara el ascenso.
En el octavo escalón, al quedar las piernas de Elizabeth enfocadas por la lámpara, intuyó que el gesto de Garrett no fue por galantería. Máxime al descubrir su mirada.
Los ojos de Garrett fijos en los muslos femeninos.
—Eres... Eres un...
—¿Ocurre algo? —sonrió Garrett, escaleras más abajo—. Oye, Elizabeth... tienes unas piernas muy bonitas. Me gusta también el

blanco encaje de tu...
Elizabeth comenzó a correr por la escalera de caracol. Se detuvo bruscamente al alcanzar la segunda planta.
Estaba iluminada por varias lámparas que pendían del techo. En mayor número que en la planta baja. El piso estaba dividido por tabiques. A izquierda y derecha.
La escalera de caracol finalizaba allí.
Para subir a la tercera planta había que utilizar otra escalera situada al fondo de la estancia. Igualmente de forma espiral.
Garrett llegó junto a la inmóvil muchacha.
Elizabeth contemplaba la primera salita de la izquierda.
—¿Te gusta, Elizabeth?
La joven asintió instintivamente.
Por supuesto no podía gustarle aquello, aunque lo contemplara con verdadera admiración.
Una guillotina.
De unos tres metros de altura. La hoja de acero triangular brillaba en lo alto. Muy afilada. Una cortante lámina fijada por una pieza de plomo. De entre los dos maderos inferiores se dibujaba el orificio en el cual se colocaba la cabeza del reo. El semicírculo de cada uno de los maderos recibía el nombre de lunette. En uno de los lados se inclinaba el reo. Al otro estaba la cesta que recibía a su cercenada cabeza.
—Un bello invento.
La súbita voz hizo respingar a Garrett y Elizabeth. Al unísono.
Mientras que la muchacha no lograba controlar un leve grito, Malcolm Garrett giraba con rapidez.
Lou McCambrigde estaba tras ellos. En su silla de ruedas.
Con demoníaca sonrisa en sus ajadas facciones.

—¿Les he asustado?
—No le hemos oído llegar —dijo Garrett. El anciano acentuó su

siniestra sonrisa.

—El montacargas es silencioso. También mi silla de ruedas. Antes de retirarme a dormir acostumbro a recorrer esta segunda planta para comprobar que todo queda en orden. Este es un lugar muy... especial. Todo lo de aquí es especial.

Elizabeth asintió.

Nerviosamente.

—No hay más que ver la guillotina.

—Del siglo XVIII. Sorprendente, ¿verdad, señorita Buxton? Su estado de conservación es asombroso. Funciona a la perfección —McCambrigde hizo avanzar la silla de ruedas—. Pueden comprobarlo.

El movimiento del anciano fue rápido.

Tiró de la cuerda fija a la pieza de plomo. La triangular hoja de acero bajó vertiginosa pasando como una exhalación ante el lunette. El seco chocar contra el último de los maderos retumbó con macabro sonido.

Elizabeth cerró instintivamente los ojos.

Como si temiera ver una cabeza caer en la cesta.

—Sí, un maravilloso invento —dijo McCambrigde—. Creado por Joseph Guillotin, un médico francés que amaba a sus semejantes y les deseaba una muerte rápida y poco dolorosa. La guillotina reúne esas cualidades.

Garrett extrajo la cajetilla de tabaco.

—Prefiero la silla eléctrica o la cámara de gas. El anciano chasqueó la lengua.

Discrepando.

—Nada mejor que la guillotina, amigo Garrett. Para la silla eléctrica debe de pasar por los angustiosos trámites de raparle la parte superior de la cabeza y las pantorrillas. Es necesario para el contacto directo con los electrodos. Luego atarle a la silla... y dos minutos de sesión. Lanzándole diferentes voltajes. El cuerpo se sacude convulsivo y en ocasiones se presentan algunas quemaduras en la piel. La cámara de gas también requiere muchos trámites que atormentan al reo. No se la recomiendo.

McCambrigde hizo una pausa.

Fijando sus diminutos ojos en la guillotina.

Contemplándola con expresión amorosa. Como si se tratara de un hijo enfermo y necesitado de cuidados.

Sonrió moviendo la cabeza afirmativamente.

—La guillotina es rápida y poco enojosa para el sentenciado. Sólo

debe inclinarse, colocar la cabeza y... ¡zas! —el ademán del anciano hizo que Elizabeth cerrara de nuevo los ojos—. Algunos contrarios a la guillotina afirman que el reo también sufre. Se basan en que una cabeza decapitada encierra cierta sensibilidad aun después de separada del tronco. Incluso se han hecho experimentos con alguno de los ajusticiados. Una cercenada cabeza que abre los ojos al oír pronunciar su nombre, otra los cierra molesta por el sol... Tonterías. Es una muerte rápida y sin dolor. ¿Cuál es su opinión, señorita Buxton?

¿Guillotina, cámara
de gas o silla
eléctrica?

Elizabeth forzó una sonrisa.

—Me gustaría morir en la cama y rodeada de mis nietos.

—Puedo que así sea. ¿Me permite contemplar su mano? La derecha, por favor. La muchacha obedeció maquinalmente.

Su diestra quedó entre las sarmentosas manos del anciano. La palma hacia arriba. Los ojos de Lou McCambrigde se empequeñecieron hasta semejar leves rendijas.

—Su línea del corazón es perfecta. Extremadamente larga. Delatando su gran capacidad de amor y ternura. También la línea de la cabeza, esta que divide la mano en dos, es profunda, continua y visible. Características de espíritu fuerte y mente inteligente. La línea de la vida...

McCambrigde
enmudeció.
En
tensa
pausa.

Lentamente apartó sus manos soltando la diestra de Elizabeth.

—Disculpen... Es ya muy tarde y debo retirarme. Buenas noches.

El anciano manejó con habilidad la silla de ruedas conduciéndola hacia el montacargas situado a la derecha de la escalera de caracol. La cabina carecía de cancela. Una vez sobre la plataforma, pulsó el botón de descenso.

Elizabeth mantenía los ojos fijos en la palma de su mano derecha. Pálida.
Como hipnotizada.

—Malcolm... ¿por qué no habrá querido seguir?

—¡Maldita sea, Elizabeth!... ¿Le haces caso? ¡Ese viejo está loco!

—La quiromancia...

—¡Al diablo con eso! —exclamó

Garrett, rodeando los hombros femeninos—. Vamos a descansar, ¿eh? Recorrieron la longitudinal sala.

Hacia la espiral escalera que subía hasta la tercera y última planta.

—Déjame ver...

—No, Elizabeth. Ya es suficiente por hoy. La joven asintió con una sonrisa.

—De acuerdo.

El tercer piso sí parecía mantener su estructura primitiva. Un comedor, cuarto de aseo, cocina, habitaciones...

—¿Cuál es mi habitación, Malcolm? Garrett simuló una mueca de estupor.

—¿Tu habitación? Hay que ser un poco considerados, Elizabeth. Utilizaremos una solamente. Molestaremos menos y...

—No, Malcolm. También hay que guardar las apariencias.

—¿Y si tienes miedo?

—Ya soy mayorcita. No trates de convencerme, Malcolm. Perderías el tiempo. Garrett suspiró resignado.

—Está bien —dijo abriendo una de las puertas—. Aquí tenemos una. La otra creo que... Sí, ésta es.

Dos habitaciones del corredor quedaron abiertas. Una frente a la otra. Eran espaciosas.

De techo alto. Paredes frías. El mobiliario se limitaba, en cada una de ellas, a una cama y un descomunal armario empotrado en la pared. Junto con una mesa de noche por- tadora de lámpara.

—Me quedo en ésta —sonrió Elizabeth—, Al menos tiene ventana. Con rejas, pero ventana. ¿El cuarto de aseo?

—Al final del pasillo.

—Buenas noches, Malcolm.

Garrett la besó fugazmente en los labios. Le entregó el neceser.

—Duerme tranquila, Elizabeth. Acudiré de inmediato a tu primer alarido.

—Muy gracioso.
La muchacha penetró en la estancia cerrando tras de sí. Contempló con agrado el grueso cerrojo. No había llave en la cerradura, pero con aquel pasador resultaba innecesaria. Lo deslizó cerciorándose de que quedaba bien ajustado.
Elizabeth se descalzó procediendo a desvestirse.
Tenía sueño y pensaba dormir profundamente. Olvidándose de la siniestra atmósfera que envolvía a El Anticuario.
Esa era su intención.
La realidad iba a ser muy distinta.

# CAPITULO V

El ruido se repetía una y otra vez. Un sonido seco.

No muy estridente, aunque sí lo suficiente para despertar a Elizabeth.

La muchacha quedó unos instantes inmóvil. Con los ojos muy abiertos, pero sin conseguir taladrar la oscuridad reinante en la estancia.

Elizabeth contuvo la respiración.

Algo la había despertado. Un ruido. Un reiterado sonido que, sin embargo, ahora no se producía.

Sí.

Volvió a sonar.

Y era allí. En la habitación. Un ruido semejante al batir de una puerta o el golpear de algo contra la madera.

La joven extendió su diestra tanteando la pared. Allí estaba el interruptor de cama. Lo accionó iluminando la estancia.

Se sentó en el lecho.

Con una mueca de incredulidad en el rostro contempló la puerta. La hoja de madera estaba entreabierta.

Y de nuevo, impulsada por corriente de aire, golpeó contra el marco. Elizabeth saltó de la cama.

Lo primero que hizo fue dirigirse al ventanal. Apartó la cortina descubriendo los barrotes. Los aferró tirando con fuerza. De uno en uno. Estaban inmóviles y seguros.

Por allí sólo podía filtrarse el aire de la noche.

La muchacha cerró las acristaladas contras deslizando otra vez la oscura cortina. Giró con lentitud.

Sus ojos, todavía incrédulos y perplejos, se posaron en la entreabierta puerta de entrada a la habitación.

Avanzó.

Como un autómata.

Contempló detenidamente el cerrojo. Aquel grueso pasador de acero. Aquel cierre que ella misma había ajustado al acostarse.

Lo recordaba perfectamente. Después de desnudarse, y protegida por largo camisón, había salido al corredor acudiendo al cuarto de aseo. De regreso al dormitorio volvió a colocar el cierre del cerrojo.

Sí.

Estaba

segura.

Sin embargo...

Elizabeth trazó una semicircular mirada por la estancia. Nadie podía haber entrado allí. Los barrotes del ventanal lo impedían. Imposible deslizar el pasador desde fuera.

La joven pasó el dorso de la mano por la frente. La retiró húmeda.

Su cuerpo estaba bañado por un frío sudor. Instintivamente anudó el lazo que adornaba el cuello del camisón.

Estaba equivocada. Forzosamente tenía que estarlo.

No podía haber cerrado el pasador al retornar del baño.

Elizabeth se lo repitió una y otra vez para tranquilizarse. Cuando se disponía a cerrar la puerta brotó la luz.

El corredor quedó débilmente iluminado.

La muchacha esbozó una sonrisa a la vez que abría la puerta en mayor amplitud. Había pensado en Malcolm Garrett, sin embargo la puerta de su habitación permanecía cerrada.

La luz que llegaba hasta el pasillo procedía del foco emplazado junto a la escalera de caracol.

Elizabeth parpadeó.

Aquella luz se acababa de encender. Una iluminación combinada con la de la segunda planta.

La curiosidad impulsó a Elizabeth.

Avanzó descalza por el corredor asomándose cautelosa al llegar junto a la escalera de caracol.

En efecto.

La segunda planta estaba iluminada.

Elizabeth sí sudó ahora.

Alguien estaba abajo. Podía ser Garrett, Lou McCambrigde o su nieta. No había nadie más en la casa.

Le llegó el sonar de un

reloj.

Tres

campanadas.

Buena hora para el deambular de los fantasmas, pero Elizabeth no creía en ellos. Era una mujer inteligente.

Con esa convicción comenzó a descender

la escalera. Lentamente.

Sus desnudos pies no originaban el menor sonido.

A mitad del recorrido pudo contemplar una panorámica de toda la planta. Las diferentes saletas divididas. Al final sobresalían los dos travesaños paralelos de la guillotina.

Descendió el último peldaño.

—¿Hay alguien aquí?

Su voz, aunque tenue, pareció extenderse por toda la sala. Con una resonancia que impresionó a la muchacha. Sobresaltada de su propia voz.

Estaba frente al reloj que instantes antes había señalado las tres de la madrugada.

Un carillón. La esfera destacaba verdaderamente macabra. Los doce números eran otros tantos ojos de cris- tal Doce ojos que parecían seguir los movimientos de

Elizabeth.

La curiosidad seguía dominando a la joven.

Malcolm Garrett no le había permitido contemplar detenidamente cada una dé aquellas saletas. Y eran lo más importante de El Anticuario.

Elizabeth prestó poca atención a la primera de las salas. Al lado izquierdo. Dedicada a la teratología animal. Los más alucinantes caprichos de la naturaleza estaban allí

representados. Deformes y monstruosos animales disecados.

Un lobo con dos cabezas, una extraña serpiente con alas, un perro con un solo ojo...

En la saleta de la derecha las figuras míticas del terror. Los cuatro máximos representantes. Drácula, Frankenstein, El Hombre-lobo y la Momia. Construidos en cera. De un aterrador realismo.

Elizabeth tampoco les dedicó demasiado interés.

Sí permaneció largos minutos ante una de las salas. Una especie de biblioteca. Pergaminos, papiros y un sinfín de libros. Todos ellos dedicados al satanismo, brujería, espiritismo y misa negra. Había viejos grimorios, todos ellos verdaderos incunables. Uno de los libros ocupaba un lugar preferente. Encerrado en artística urna.

Elizabeth se aproximó.

Se trataba del Diccionario Infernal, del Barón Nicho- mar. Un

ejemplar casi tan maldito y satánico como el «Al Azif» (1).

(1) «Al Azif» es considerado como el libro más condenable jamás escrito. De él sólo existen tres copias: en el Vaticano, en la Biblioteca Nacional de Londres y en China. En él se revela el modo en que los muertos pueden ponerse en contacto con los vivos.

La muchacha quiso levantar el cristal de la urna, pero no lo consiguió. Le hubiera gustado contemplar alguna de las láminas del Diccionario Infernal. Las conocía por referencias. Eran contados los ejemplares del Barón Nichomar existentes en el mundo.

Sí pudo leer alguno de los pergaminos. No todos. Muchos de ellos escritos con extraños signos cabalísticos.

Elizabeth se estremeció al pasar a la siguiente sala.

Dedicada a la corte infernal. Un altar de misa negra, un cáliz, un grial, copas... Figuras representando a los más importantes dirigentes del Averno. Con sus correspondientes atributos. El soberbio Lucifer, la ira de Satanás, el lujurioso Asmodeo... Cuadros, láminas, tapices representando demoníacas escenas que exaltaban al Príncipe de las Tinieblas. En pergaminos situados junto a un rosario infernal se leían oraciones e invocaciones a los espíritus del Mal.

Elizabeth palideció al contemplar una de las copas.

Estaba situada sobre el altar. Junto con otras más. Era un grial... No destacaba de los demás. Incluso era el menos trabajado artísticamente. Tampoco tenía incrustaciones de oro o piedras preciosas.

Pero sí resbalaba por ella una gota. Dibujando surcos en la copa. Trazos rojizos. Parecía como si alguien acabara de beber por ella.

Los surcos marcadamente rojos.

Elizabeth se aproximó lentamente para comprobar el contenido del recipiente.

Retrocedió acentuando la palidez de su rostro.

La copa estaba repleta de sangre. Sí.

Aquel líquido rojizo y espeso era sangre.

Elizabeth se llevó ambas manos a la boca. Conteniendo el instintivo grito que pugnaba por brotar de su garganta. Interiormente maldijo la morbosidad de Lou McCambrigde y su nieta. Para un mayor efecto habían llenado la copa de sangre. Sangre de cualquier

animal.
Eso habían hecho.
Lou McCambrigde y su nieta.
Las dos gotas que resbalaban por la copa significaba que había sido llenada recientemente.
Elizabeth no quiso permanecer allí por más tiempo. Se encaminó hacia la escalera de caracol.
Bruscamente se detuvo.
Quedó unos instantes inmóvil. Luego, con lentitud, fue ladeando la cabeza hasta fijar la mirada en la sala de los cuatro personajes del terror.
Un espeluzno se adueñó de Elizabeth.
Sus labios comenzaron a balbucear trémulos.
Allí estaba Drácula, Frankenstein, El Hombre Lobo... La Momia.
*Faltaba la momia.*
Los aterrados ojos de Elizabeth desviaron la mirada hacia el suelo.
Huellas de moho. Huellas que habían barrido la fina capa de polvo existente en el suelo.
La joven percibió el fétido aliento a su espalda.
Sobre su nuca.
Giró con rapidez.
El horror desencajó las facciones de Elizabeth. Con desorbitados ojos contempló a la momia.
Sí.
Estaba allí.
En el corredor.
Empezó a moverse. Tendiendo las manos hacia Elizabeth. Los mohosos vendajes colgaban por entre sus dedos. Dos esferas brillaban en su vendada cabeza.
—No... no...
Elizabeth retrocedió ante el avance del monstruoso ser.
Penetrando en la saleta de los personajes del terror. Fue entonces cuando, a su espalda, sonó la voz.
Una voz silbante e infrahumana.
—Dejarla... es mía...
Elizabeth dio un respingo pegándose al muro diviso rio. Abrió la boca para gritar, pero fue tal su terror que no tuvo fuerzas para ello. Una indescriptible sensación de horror que incluso le ocasionaba

dolor físico. Su cuerpo sacudido por espeluznos. Por convulsio- nes de atroz pánico. Su mente atormentada e incapaz de asimilar aquello.
Era
Drácula
quien le
hablaba.
Sí.
Drácula, con sus afilados colmillos asomando por entre los labios, con la palidez de un cadáver, con su negra capa...
También el hombre-lobo avanzaba hacia Elizabeth. Con su monstruoso y velludo rostro, sus manos de siniestras garras afiladas...
Frankenstein era el más torpe de movimientos. Arrastrando sus pesados pies por el

suelo. Rígido. Los brazos extendidos. Moviendo maquinalmente su cabeza de izquierda a derecha.
Y la momia.
Los vendajes mohosos de su mano izquierda ya rozaban
el rostro de Elizabeth. Y la muchacha gritó.
En desgarrador alarido.
Ya estaba cercada por los cuatro monstruos. Eran ocho las manos que se tendían ávidamente hacia ella.
Elizabeth, incapaz de soportar tanto horror, se desvaneció.

# CAPITULO VI

Malcolm Garrett exhaló una bocanada de humo.
—Ya te lo advertí, Elizabeth.
La muchacha detuvo bruscamente su nervioso deambular por la habitación.
—No me crees, ¿verdad?
—Oye, Elizabeth... Sé razonable. Fue una pesadilla. No debes avergonzarte de reconocerlo. Esto, más que una tienda de antigüedades, es un museo del horror. Estabas alterada por...
—Bajé a la segunda planta, Malcolm. ¡Todo fue real!
—Eso fue lo único real. Tu visita a la segunda planta de madrugada. Creiste ver algo anormal y te desmayaste. Me despertó tu grito. Acudí de inmediato. Allí estabas tendida en el suelo. En la saleta de los personajes del terror. ¡Figuras de cera, Elizabeth!
La joven se sujetó con ambas manos la cabeza.
—No fue una pesadilla, Malcolm... no lo fue...
—Te llevé a tu habitación, Elizabeth. Ha dormido plácidamente desde entonces.
—¿Plácidamente? Me he despertado gritando y...
—Por supuesto. Recordando la pesadilla. Y al verme aquí te tranquilizaste.
—No, Malcolm. El verme aquí, tú a mi lado, me sorprendió. Yo estaba con... con ellos.
—No seas ridícula.
Elizabeth volvió a sujetarse la cabeza. Permaneció unos instantes inmóvil. Respiró profundamente.
—De acuerdo, Malcolm. ¿Bajamos?
—Mejor será que descanses durante la mañana. Ahora vamos a tomar café. Luego me encargaré yo de todo.
La muchacha no hizo ningún comentario.
Se encaminó hacia la puerta de la habitación. Acompañada de Garrett salió al corredor. Fue al llegar junto a la escalera de caracol cuando Elizabeth sintió vacilar su ánimo.
—Yo iré delante —dijo Garrett, adivinando el temor de la muchacha —, ¡Y deja de temblar!
Descendieron la escalera.
Elizabeth, como una autómata, fue hacia la saleta de la derecha. Allí estaban.
Rígidos.
Drácula, La Momia, Frankenstein y el Hombre-lobo. Los máximes representantes del terror.

Cuatro figuras de cera.
—Un buen trabajo de artista, Elizabeth. De un escalofriante realismo, pero sólo son figuras de cera. Puedes tocarlas si...
—¡No!
—De acuerdo, Elizabeth. Yo lo haré.
Malcolm Garrett las fue tanteando una por una. Incluso arrancó unos grises pelos del rostro del hombre lobo.

La muchacha encaminó sus pasos hacia otra de las salitas. La dedicada al culto del diablo.
—¿Qué haces, Elizabeth?
La joven tenía entre sus manos la copa. El grial que en la noche anterior rebosaba de sangre.
Ahora
estaba
vacía.
Totalmente
limpia.
La depositó nuevamente sobre el altar.
—Nada...
—Vamos, Elizabeth — Garrett rodeó protector los hombros femeninos—. Tomaremos café y luego te dedicas un par de horas a pasear por la ciudad.
—Tenemos trabajo, Malcolm. Y hay que terminarlo cuanto antes. Descendieron a la planta baja.
Deborah estaba limpiando la vidriera del escaparate. Les dedicó una fría sonrisa.
—Buenos días... ¿Han descansado bien?
—Muy bien —respondió Garrett—. Esta casa es como un balneario. Todo invita a la paz y sosiego del espíritu.
Se abrió la puerta que conducía al despacho.
Apareció Lou McCambrigde. Sin la silla de ruedas. Apoyándose sólo en un bastón. Por la expresión de su rostro no parecía haber dormido muy bien.
—Buenos días, señorita Buxton... Garrett... Acabo de recibir una llamada telefónica. Patricia Conway viene hacia aquí. Ha telefoneado desde el aeropuerto. Preguntó por ustedes.
—Espero que nos dé tiempo a tomar café —sonrió Garrett—. Hasta luego. Vamos, Elizabeth,
—Señorita Buxton...
La muchacha desvió la mirada hacia McCambrigde. -¿Sí?
—Me pareció haberla oído gritar esta noche. ¿Le ha ocurrido algo?

—Tuve una... una pesadilla.
—Cuídese, señorita Buxton —dijo el anciano con su gutural voz—. Tiene muy mal aspecto. ¿No opinas igual, Deborah?
La inexpresiva y pálida Deborah no se dignó a responder. Garrett y Elizabeth abandonaron El Anticuario.
—No les hagas caso, Elizabeth. Están amargados por tener que dejar la casa. Y encima la visita de Patricia Conway. Tampoco es buena noticia para nosotros. Tiene un carácter insoportable.
—Se ha adelantado, ¿verdad?
Garrett asintió.
—Mañana termina el plazo convenido por la Lasser & Orrs. Tiene que firmar la venta de una casa deshabitada, en condiciones de derribo. El Anticuario será eso, Elizabeth. Una casa vacía.
—¿Cuándo llegará el embalador?
—Ya no creo que tarde —dijo Malcolm Garrett, consultando el reloj—. Esta noche puede que esté todo listo para el traslado.

—Malcolm...
—¿Sí?
—Cuando terminemos en la planta baja, antes de empezar a catalogar y valorar lo de la segunda, quiero que se embalen las... las figuras de cera. Trabajaré más a gusto.
—¿Ya las has valorado? —bromeó Garrett.
La ironía de Malcolm Garrett no fue compartida por la muchacha. Una leve palidez seguía adornando las mejillas femeninas.
—Me es muy difícil tasarlas, Malcolm —murmuró Elizabeth, con voz apenas audible—. ¿Cómo valoras los poderes del Infierno?

# CAPITULO VII

Los ojos de Lou McCambrigde se empequeñecieron aún más.

Fijos en la muchacha que deambulaba entre altiva y furiosa por el despacho.

Patricia Conway. Veinticuatro años de edad. Aparentemente frágil y delicada como una muñeca de porcelana. De bellas facciones y cuerpo bien proporcionado. Lucía un elegante vestido crepé color malva y zapatos negros de ante. En uno de los dedos de su zurda una sortija oro, brillantes y zafiro.

Los ojos de Patricia eran verdes. De dura mirada.

—No eres justa, Patricia.

La muchacha detuvo su pasear por la estancia para posar los ojos alternativamente en McCambrigde y Deborah.

—Has sido un estúpido, Lou. No me sorprende en ti. Eres viejo y ya no coordinas bien las ideas, pero esperaba más de tu nieta.

—¿Qué esperabas concretamente? —interrogó Deborah. Las dos mujeres enfrentaron sus miradas.

La orgullosa Patricia Conway fue la primera en desviarla. Incapaz de soportar 1a frialdad de los ojos de Deborah; sin embargo no varió su despectivo tono de voz.

—Un mes, Lou. Tenías un mes de plazo para llevarte todo cuanto quisieras de El Anticuario. ¡Y nada habéis hecho! ¡Todo está aquí!... ¿Por qué?

—Está en su sitio, Patricia —dijo McCambrigde, cansinamente—. En el lugar adecuado. Patricia respiró con fuerza.

Sus senos tensaron la tela del vestido resaltando el saliente botón de sus pezones.

—Comprendo. No lo habéis tomado en consideración, ¿verdad? ¡Una broma de Patricia Conway! Pues no es una broma, Lou. ¡Mañana mismo voy a firmar la venta a la Lasser & Orrs! Y de inmediato se procederá al derribo. Esta casa, El Anticuario, es la que falta a la corporación Lasser & Orrs. Tienen opciones sobre todas las demás del Old North Parry. Aquí se levantará el mayor complejo comercial de Estados Unidos.

—No puedes vender El Anticuario, Patricia.

La joven sonrió apoyando las manos

sobre la mesa escritorio. Inclinándose
desafiante hacia Lou McCambrigde.
—¿De veras? ¿Quién me lo puede impedir?
—Tú bien lo sabes, Patricia.
—No, Lou. No lo sé. Y siempre me ha intrigado. Resulta absurdo que una propiedad de los Conway esté controlada por los McCambrigde. Sin pagar un centavo. Todo lo contrario. Recuerdo vuestras demandas solicitando dinero para adquirir importantes obras.
—
Fue
un
pacto,
Patricia.
La
muchacha
parpadeó.
Su cantarina carcajada resonó en la estancia.
—¿Te refieres a...? ¡por favor, Lou! Eso es una historia ridícula.
—¿Opinaba así tu padre?
—Mi padre se dejaba guiar por la amistad, Lou. La amistad hacia Ralph McCambrigde, tu
hijo. Y cuando murió Ralph se desatendió de El Anticuario.
—Siempre respondió a mis demandas.
—Seguro. ¡Por compasión hacia un viejo loco! Mi padre está muerto, Lou. Y yo no soy tan altruista. Hemos invertido dinero aquí. Y que no has querido lucrarte de las existencias, tanto mejor. Todo será subastado y la casa adquirida por Lasser & Orrs.
—No lo hagas, Patricia —dijo McCambrigde. Su gutural voz casi ininteligible—. Caerá sobre ti la maldición de Karovel.
—Estúpido viejo... crees poder embaucarme?¿Me consideras capaz de asustarme por tu culto al satanismo y brujería? —Patricia contempló despectiva los terroríficos dibujos que colgaban de las paredes—. ¡Tampoco toda tu morbosidad me impresiona!
El rostro de Lou McCambrigde se ensombreció. Las arrugas formaron desagradable mueca.
—Voy a recordarte la historia de Karovel. Aconteció en el pasado siglo. En California. Allá por el año 1875. Max Conway y Hugh McCambrigde. Dos hombres arruinados por la guerra civil. Dos aventureros que se adentraron en el Valle de la Muerte en busca de una inexistente mina de oro. Quedaron sin provisiones, sin agua, bajo un sol implacable, a merced de las fieras del desierto... Fue entonces cuando se les apareció el gran Karovel.
Patricia volvió a reír en desaforada carcajada.

—¡El gran Karovel!... Conozco la historia, Lou. El tal Karovel era un sucio mestizo. Un brujo. Un bastardo de sangre india y española.

—Karovel dijo ser un enviado de Satanás —prosiguió McCambrigde, ajeno a la interrupción—. Prometió salvarles a condición de que pregonaran su culto de generación en generación. Max Conway y Hugh McCambrigde aceptaron y se firmó el pacto bajo el rito del Averno. Uno de ellos se dedicaría a cultivar el culto a Karovel y el otro lo financiaría.

—Y a mi bisabuelo le tocó pagar.

—Así lo pactaron. Mi padre se dedicó al culto a Karovel y recibió poderes sobrenaturales.

—¿Poderes? De poco le sirvieron. Murió linchado, ¿no es cierto? El anciano movió lentamente la cabeza.

—Sí... Yo 1o presencié. Era casi un niño, pero lo recuerdo perfectamente. Le despedazaron, le convirtieron en un despojo humano para luego quemar sus restos...

—Acusado de brujería. De ofrecer sacrificios humanos al Diablo —sonrió Patricia—. Oye, Lou... Eso ocurrió hace mucho tiempo y está olvidado. Hoy ya nadie cree en supercherías. Tú, con el dinero de mi abuelo' te instalaste en la ciudad de Los Angeles. Una pequeña tienda de antigüedades. Luego, de nuevo con el dinero de los Conway, te trasladaste al Old North Parry. Tengo la escritura de compra de la casa. A nombre de mi abuelo. Este le contó la historia a mi padre.

—Y él a ti.

—Correcto, Lou. Me la contó muy divertido. La clásica historia del abuelo caduco. Mi padre, por respecto a la memoria del abuelo, siguió la tradición. Los negocios iban bien y poco importaba perder unos miles anuales en El Anticuario. Tu hijo Ralph jamás presentó beneficios. Tampoco tú. Sólo demandas de dinero. Pues bien, Lou. ¡Se acabó! El... pacto termina con Patricia Conway.

—No lo hagas, Patricia. Significaría mi muerte, la de Deborah... y la tuya. Debemos transmitir el mandato de Karovel de generación en generación. Si se rompe el pacto, Conway y McCambrigde serán aniquilados.

—¿De veras? —inquirió Patricia, marcadamente irónica—, Poco trabajo para Karovel. Yo soy hija única. De los McCambrigde sólo tú y Deborah. Sigues soltera, ¿verdad, querida? Yo voy a casarme dentro de unos meses. Con Philippe Lasser. de la Lasser & Orrs. Y pienso tener muchos hijos. Puedes decírselos Karovel. Le voy a dar mucho trabajo.

—Haces mal en burlarte de

los poderes del Averno.
—Y tú en seguir con tus absurdas y trasnochadas patrañas, Lou. Podrás engañar a los fanáticos y supersticiosos; pero yo no me dejo impresionar fácilmente. Quiero que abandones la casa hoy mismo. Tú y Deborah. ¡Esta noche!
—No puedes...
—Es mi última palabra —interrumpió Patricia, secamente—. Abandonar la casa. El Anticuario dejará de existir esta noche.

*
*
*

Robert Sidney, junto con sus dos ayudantes, embaló y acondicionó la casi totalidad de las existencias de la planta baja. Lo más voluminoso, muebles y demás, ya habían sido trasladados en un camión. Una agencia de transportes especializada se haría cargo de la mercancía hasta Nueva York, donde la Busey Gallery organizaría la subasta.
Sidney se secó con un
pañuelo el sudor de la frente.
—Aún queda para un par de camiones más, señor Garrett. Por supuesto contando con lo del piso de arriba, pero eso lo haremos mañana.
—Malcolm...
—¿Sí, Elizabeth?
La muchacha se limitó a una leve sonrisa que fue
captada por Garrett.
—Ah, Sidney..., antes de marchar quiero que empaque las cuatro figuras de cera de la segunda planta. Sólo son cuatro. Si quiere puedo...
—No es necesario. Mis dos ayudantes se han ido ya con el camión, pero puedo hacerlo solo.
—Gracias, Sidney.
El individuo se alejó hacia el
fondo de la tienda.
Justo en el momento en que se abría la puerta del
despacho.
Apareció Lou McCambrigde poyado en el bastón. Tras él, y portando dos voluminosas maletas, la pálida Deborah.
El anciano se detuvo para contemplar la semivacía
tienda,
—¿Ya han empezado a sacar cosas de la segunda
planta?

—No, McCambrigde —respondió Garrett—. Ahora vamos a catalogar y mañana se llevarán todo.
—Mañana...
—Salgamos, abuelo —indicó Deborah, portando con dificultad las maletas—, Patricia Conway llegará de un momento a otro y no desea vernos aquí. Tampoco yo quiero verla.

—¿Dónde piensan ir?
—Dudo que eso le importe, Garrett.
—Por favor, Deborah... —reprendió Lou McCambrigde, con severa mirada—. El señor Garrett es ajeno a todo esto. Se limita a cumplir un trabajo que le ha sido encomendado. Disculpe a mi nieta, Garrett. Está nerviosa. Vamos a casa de un amigo. Hal Sterling. Vive en la zona. Mañana decidiremos dónde instalarnos. Todo ha sido tan rápido...
Malcolm Garrett se adelantó haciéndose cargo de las maletas. Casi arrebatándoselas a Deborah.
—Tengo el auto a la puerta. Si me permiten les llevaré gustoso.
—Aceptamos —dijo Lou McCambrigde, adelantándose a la negativa que ya se adivinaba en Deborah—, Es difícil localizar un taxi en Old North Parry.
—Malcolm...
Garrett desvió la mirada hacia Elizabeth. Le dedicó una sonrisa. Tranquilizadora.
—Regresaré pronto, Elizabeth. ¡Espere mi vuelta, Sidney!
—¡De acuerdo, señor Garrett! —respondió una voz desde el fondo de la tienda.
Malcolm Garrett abandonó El Anticuario acompañado de Lou McCambrigde y su enlutada nieta.
Minutos más tarde se escuchaba el rugir de un motor.
Elizabeth, desde la enrejada cristalera del escaparate, contempló la marcha del Corvette circundando el seto de la plaza.
Y empezaba a oscurecer.
En otros locales todavía se desenvolvían sin luz artificial, pero en El Anticuario funcionaban las lámparas desde primeras horas de la tarde. Necesarias para combatir la oscuridad de la casa.
—Pobre hombre... —comentó Robert Sidney, reuniendo diverso material para embalar—. Debe ser muy triste dejar la casa donde uno ha transcurrido su vida. Yo había oído hablar de El Anticuario. Muchos directores cinematográficos de Hollywood acuden aquí en

busca de material. Lo leí en una revista. Se hablaba de la muerte de Ralph McCambrigde, de El Anticuario, del viejo Lou McCambrigde... También entrevistaban a ella, A Deborah McCambrigde. Es una mujer extraña, ¿verdad, señorita Buxton?

—Cierto.

—¿No le recuerda a nadie?

Elizabeth denegó encogiéndose de hombros. Robert Sidney sonrió forzadamente.

—Me tomará por idiota, pero esa mujer... Deborah McCambrigde me parece una... una vampira.

# CAPITULO VIII

Robert Sidney descendió la primera de las figuras por la escalera de caracol. Con cierta dificultad. Era Frankenstein. El más voluminoso de los terroríficos personajes.

—Llévelo al almacén, por favor —indicó Elizabeth—.

No los quiero aquí. Sidney obedeció.

Tras depositar la figura de cera en el trastero volvió a subir la escalera. Era el turno de la momia. Luego le siguió el hombre-lobo.

Elizabeth le observaba desde el mostrador. Clasificando algunos restos y menudencias que todavía quedaban por las estanterías.

—Me queda por empaquetar al fulano ese de los dientes —dijo Robert Sidney, recogiendo de entre el material un rollo de cinta adhesiva—. Ese vampiro... Drácula. Eso es. Drácula.

Sidney subió la escalera.

Avanzó por el corredor de la segunda planta con total indiferencia. Ajeno a los horrores de derecha e izquierda. El era un buen aficionado a las películas y novelas de terror. Y aquello no le impresionaba. Lo consideraba también de ficción. Monstruos de cera, libros viejos, altar de misa negra...

Se le llamó la atención la saleta de instrumentos de tortura. Los había muy curiosos.

El sarcófago de la Virgen de Nuremberg, silla húngara para, suplicios, mordaza medieval, madero de empalar, el toro de Falárides, borceguíes de hierro para quebrar los huesos, la tortura de la rueda...

Por lo demás...

No.

Robert Sidney era un individuo poco impresionable. Realista. Muy poco dado a la fantasía y la imaginación. Otro en su lugar, ante tan macabros escenarios, se hubiera puesto a pensar en fantasmas y aparecidos.

Y entonces es cuando la imaginación suele hacer feas jugadas.

Robert Sidney se detuvo frente a la figura de Drácula. La contempló de arriba a abajo. Midiéndola con la mirada. Calculando el papel, cinta y cartonaje de precinto a utilizar.

Sidney sonrió.

Le había parecido que...

La sonrisa se borró paulatinamente de Sidney. Lo que en principio creyó haber visto se había vuelto a producir.

Sí.

La figura de cera... Drácula, había parpadeado un par de veces.
Robert Sidney le contempló fijamente a los ojos. Unos ojos que destacaban poderosamente en el rostro de Drácula. Unos ojos con brillo... humano.
Sidney tendió su diestra.
Con intención de palpar el rostro de aquella siniestra figura. No lo logró.
Drácula fue más rápido. También él movió su mano izquierda reteniendo el ademán de Sidney. Y la derecha, los dedos juntos y extendidos, golpeó a Sidney en el cuello.
Drácula resultó ser un experto en karate.
Fue un golpe medido. Poco contundente, pero suficiente para hacer doblar las rodillas a Sidney y aturdirle. Cuando quiso reaccionar ya era demasiado tarde. Un trozo de cinta adhesiva le taponaba la boca y sus manos estaban siendo atadas a la espalda.
Sidney comenzó a debatirse. Esforzándose por soltar las ataduras.
Drácula comenzó a tirar de la cuerda. Arrastrándole por el corredor en dirección a la escalera de caracol.
Al menos eso creía Robert Sidney, pero lo cierto es que paró un poco antes.
*Frente a la guillotina.*
El terror desencajó las facciones de Sidney en indescriptible mueca. Agrandó los ojos hasta casi salirse de las órbitas. Empezó a removerse por el suelo, serpenteando en un vano intento por escapar.
Drácula volvió a tirar de la cuerda. Atrayéndola hacia la guillotina.
Levantó el madero superior con semicírculo central para seguidamente atrapar a Sidney por las axilas.
El horror de Robert Sidney llegaba ya a su paroxismo. Se agitó convulsivo. Golpeando la cabeza contra los travesaños. Roncos sonidos brotaban de su garganta. Quería gritar, suplicar...
Unas manos le aferraron la cabeza proyectándola con fuerza hacia el semicírculo fijo. El otro madero bajó formando el orificio ahora ocupado por el cuello de Sidney. Este seguía agitándose y

pataleando.
El terror le había hecho defecar.
Súbitamente vio sus manos libres.
Aquella mueca de sorpresa en el rostro fue la que le acompañó al Más Allá. El quitarle las ataduras coincidió con el bajar de la pesada hoja metálica.
Un fugaz y siniestro silbar que terminó en macabro choque.
La triangular hoja se tiñó de rojo cercenando limpiamente la cabeza de Robert Sidney. No cayó en el cesto.
El propio Sidney lo había apartado segundos antes durante su vano forcejear por huir.
Y ahora su cabeza reposaba en el suelo. Los ojos continuaban muy abiertos. Las facciones desencajadas en horrible mueca.
Drácula se inclinó arrebatándole la cinta adhesiva. Acto seguido hizo ademán de introducir los dedos en aquellos desorbitados ojos.
Y los ojos de Sidney se cerraron. Delatando cierta supervivencia autónoma.
El individuo se incorporó sonriente. Comenzó a reír a carcajadas mientras propinaba un puntapié a la ensangrentada cabeza.
Proyectándola hacia la escalera de caracol.
La cercenada cabeza comenzó a rodar peldaño a peldaño. Con macabro y espeluznante sonido. Señalando cada uno de los escalones con un reguero de negruzca sangre.

*

*

*

Elizabeth se sobresaltó por el seco ruido. El retumbar de los maderos.
De inmediato lo asoció con la guillotina. Era un sonido muy peculiar. Inconfundible. Primero había oído unos ahogados golpes en el techo. Como un taconear.
Y ahora...

Elizabeth avanzó hacia la escalera de caracol.
Sospechando que Robert Sidney había curioseado en la guillotina hasta hacerla funcionar.
Ya junto a la escalera escuchó los nuevos sonidos. Muy cercanos. Algo rodaba por la...
El alarido de Elizabeth fue desgarrador. Un alucinante grito que en modo alguno lograba definir todo el horror que la dominaba.
Allí
estaba.
A
sus
pies.
La seccionada cabeza de Robert Sidney había ido rodando hasta quedar inmóvil junto a la horrorizada muchacha.
Elizabeth comenzó a jadear.
Con ambas manos sobre los labios.
Quería seguir gritando hasta enronquecer, pero ya no brotaba sonido alguno de su garganta.
Algo la hizo reaccionar.
Una fantasmagórica sombra.
Una demoníaca figura que se abalanzaba sobre ella como queriendo envolverla en el amplio abanico de su negra capa.
Elizabeth retrocedió presa del pánico.
De un agudo terror que la hacía gritar y llorar en lastimeros alaridos.
Corrió hacia la puerta más próxima. Sin pensar más. Y al abrir la puerta del almacén se enfrentó con las tres figuras.
Tres fantasmales figuras embaladas y atadas. Pero el peligro estaba tras ella.
Elizabeth lo comprendió y siguió corriendo. A tiempo de esquivar una de las manos de Drácula que, como auténtica zarpa, rozó el cabello femenino.
La joven subió la escalera de la casa. Peldaños desiguales y agrietados. En uno de ellos se quebró la baldosa al ser pisada.
Elizabeth perdió el equilibrio cayendo hacia atrás. Rodando por la escalera. Al encuentro de Drácula.

# CAPITULO IX

Malcolm Garrett palideció.

—¿Un accidente? ¿Qué clase de accidente?

—Tranquilo. Ya le he dicho que no ha sido nada de importancia —dijo Patricia, succionando el cigarrillo—. Un simple golpe.

—Pero... ¿cómo ha ocurrido?

—Cuando yo llegué, Robert Sidney terminaba de bajar unas figuras de la segunda planta y se disponía a marchar. Entonces escuchamos el grito. Acudimos al almacén. Elizabeth estaba en el suelo. Sin sentido. Al pie de la escalera. Sin duda resbaló y...

—¿Dónde está ahora?

—Aunque parecía sin importancia ordené a Sidney que llamara a la Clínica Gibson para que enviaran una ambulancia. Cuando llegó ya Elizabeth había recuperado el conocimiento, sin embargo consideré prudente el someterla a observación. Estaba muy alterada. Sin duda el *shock.* Lo cierto es que no decía más que disparates. Hablaba de fantasmas, de muertos... Creo que El Anticuario la ha impresionado en demasía.

—Iré a verla.

—Un momento, Garrett...

Malcolm Garrett, ya junto a la puerta de salida, giró sobre sus talones.

—¿Si?

—Dígale a la señora Buxton que no se preocupe por nada. Mañana, aunque El Anticuario no esté del todo vacio, firmaré igualmente el contrato de venta con Lasser & Orrs. Si no se encuentra con ánimos otros terminarán su labor. Ella, por supuesto, recibirá los honorarios fijados.

—Es usted muy generosa, señorita Conway.

—Dado el lamentable accidente, he dicho a Robert Sidney que no acuda mañana. He decidido llamar a expertos de la galería de arte de Nueva York que se encargarán de la subasta. Ellos tasarán lo que queda sin valorar. También usted queda reemplazado del trabajo, Garrett. Puede considerarlo como concluido.

—A decir verdad me quedaba muy poco. Sólo lo de...

—Olvídelo —interrumpió la mujer—. Puede regresar a San Francisco cuando guste.

Buenas noches.

Garrett entornó los ojos.

No hizo ningún comentario.

Al abandonar El Anticuario avanzó a grandes zancadas hacia el estacionado Corvette. Tras acomodarse frente al volante pisó a fondo el pedal del gas. Maldijo el haberse ofrecido a acompañar a McCambrigde y su nieta. Hal Sterling no estaba en la casa, tuvo que llevarles al Teatro del Horror. Tampoco le encontraron allí. Luego otra vez a la casa de Sterling donde los McCambrigde quedaron a su espera para que les franqueara la entrada a la vivienda.

Clínica Gibson. En Orion Hill.

¿Por qué diablos tan lejos?

Malcolm Garrett volvió a maldecir.

Y el endiablado tráfico de aquellas primeras horas de la noche alteró aún más el nerviosismo de Garrett.

Casi una hora más tarde estacionaba en el *parking* de la clínica. Acudió a la sala de recepción.

—Quiero conocer la habitación de Elizabeth Buxton. Ha sido ingresada esta tarde.

La enfermera consultó una lista. Su dedo índice se detuvo ante el nombre de Elizabeth Buxton. Estaba señalado en rojo.

—No puede recibir visitas. Lo lamento.

Garrett endureció las facciones.

—No le he preguntado eso. Sólo el número de la habitación.

—No tengo obligación de...

Malcolm Garrett se inclinó sobre el mostrador. Con rápido movimiento le arrebató el libro de registro.

La recepcionista se incorporó tratando de recuperarlo.

—¿Se ha vuelto loco? ¡No puede...! Garrett la empujó sin contemplaciones.

Acto seguido le
arrojó el libro.
—Gracias. Ha sido muy amable.
Garrett se introdujo en una de las cabinas pulsando el mando correspondiente a la cuarta planta. No le sorprendió que al salir del elevador dos corpulentos enfermeros acudieran a su encuentro.
—¡Eh,
amigo...!
¿Dónde cree
que va? Garret
les contempló
fijamente.
—A la habitación 412.
Uno de los individuos chasqueó la lengua.
—No, amigo. Si no se marcha de inmediato le vamos a tener que trasladar a cuidados intensivos.
—
Intentar
detenerme.
Sí.
Lo intentó
uno de los
enfermeros.
Alargando
sus zarpas.
Malcolm Garrett le esquivó soltándole un trallazo en el estómago.
El individuo se dobló abriendo desmesuradamente la boca.
—¡Quietos...! ¿Qué ocurre aquí?
Un hombre luciendo una larga bata blanca acudió por el amplio corredor,
—¡Este tipo nos ha atacado, doctor Scheider...! También se mostró violento en recepción.
—Sólo quiero visitar a la paciente
de la habitación 412. El llamado
doctor Scheider frunció el ceño.
—He prohibido las visitas a esa paciente.
—Quiero verla.
—Si persiste en su actitud me obligará a llamar a la policía.
—De acuerdo, doctor —dijo Garrett, fríamente—. Llame a la policía. Es algo que no me

asusta.
El doctor Scheider sí pareció inquietarse por la insistencia
de Garrett. Permaneció unos instantes indeciso.

—¿Es familiar de la señorita Buxton?

—Como si lo fuera. Quiero verla.

—¿Cuál es su nombre?

—Malcolm Garrett, abogado.

—Muy bien, señor Garrett. No quiero escándalos en la clínica. Sígame y quedará complacido.

El doctor le guió hasta la puerta señalizada con el número 412. Empujó la hoja de madera.

En la estancia, aunque sólo iluminada por la lámpara de mesa, se contemplaba a Elizabeth reposando en una cama.

—Elizabeth... —llamó Garrett, aproximándose al lecho—. ¿Puedes oírme, Elizabeth?

—No puede oírle, señor Garrett. Le he suministrado un fuerte calmante. Dormirá plácidamente durante toda la noche. La señorita Buxton ha sufrido un grave shock y necesita reposo. Ya la ha visto, ¿satisfecho?

Garrett enfrentó sus ojos a los del doctor. Fijamente.

—Sí..., lo estoy. Me tranquiliza saber que no tiene nada grave y pronto se recuperará. Será así, ¿verdad, doctor?

—Adiós, señor Garrett. Malcolm Garrett sonrió. En dura mueca.

—Cuídela bien, doctor. Se lo... ruego.

El tono empleado por Garrett no era el de súplica, sino encerrando una velada amenaza. El doctor Scheider así la recibió.

Garrett salió dirigiéndose al elevador.

Pulsó el último botón. El correspondiente al parking subterráneo. Una vez allí deambuló por el sótano hasta dar con la zona de las ambulancias.

Ahora fue más diplomático.

Antes de hablar al vigilante le mostró un billete de veinte dólares.

—Hace unas horas se llamó para que acudiera una ambulancia al Old North Parry.
¿Quiere comprobarlo?
El individuo hizo desaparecer el billete. Se introdujo en una pequeña caseta retomando a los pocos minutos.
—En efecto. La ambulancia
364-AS.
—Me gustaría hablar con el camillero que realizó el servicio.
Los ojos del vigilante recorrieron la flotilla de ambulancias. Descubrió la señalizada con las siglas 364- AS.
—Le encontrará de seguro en el bar de empleados. Está situado a la salida de... ¡Ahí viene...! Ese es Kent Skerrit.
Un individuo luciendo un gris uniforme descendía por la zona peatonal del sótano. Garrett acudió a su encuentro.

Y de nuevo abrió la billetera.
—Hola, Kent. Quiero hacerte unas preguntas relacionadas con
la muchacha del Old North Parry.
—
¿La
loca
del
Anticuario?

Garrett
hizo
una
mueca.
Dominando el soltarle un trallazo en la boca.
—Correcto, Kent.
—No me está permitido hablar de... —Skerrit se interrumpió al divisar los cuarenta dólares. Tras apoderarse de ellos, añadió—: ¿Qué quiere saber?
—Poca cosa. Unicamente cómo se
desarrolló el servicio. El individuo
sonrió con suficiencia.
—Ya sabe cómo son las mujeres. La chica se asustó. Sin duda al ver al vampiro. A Drácula. En figura de cera, por supuesto. Estaba en una trastienda. Junto con otras tres figuras. El vampiro era la única que estaba sin embalar. La chica..., no recuerdo ahora su nombre, sufrió un ataque de histeria y se avisó a una ambulancia. Entre el conductor y yo la trasladamos y ahí acabó el asunto.
—Estaba consciente, ¿no?
—Seguro. Gritaba como una loca. Incluso durante el trayecto seguía

con sus disparates.
—¿Por ejemplo?
—Bueno... hablaba de que Drácula quería matarla, de que una cabeza rodaba por la escalera... Ya sabe. Alucinaciones.
—Sí, ya sé... Gracias.
Malcolm Garrett utilizó el mismo paso peatonal para abandonar la Clínica Gibson y dirigirse al parking exterior.
Minutos más tarde conducía nuevamente el Corvette por las calles de Los Angeles. Ahora el tráfico era más fluido.
Tomó dirección hacia el Old North Parry.
Garrett aún conservaba la llave para entrar en El Anticuario.

*
*
*

Allí estaban las cuatro figuras.
En el almacén.
Las cuatro embaladas.
Malcolm Garrett se aproximó a una de ellas. Con unas tijeras cortó cuerda, papel y cinta adhesiva. Tal como había imaginado aquella figura correspondía a Drácula.
No estaba tan bien empaquetada como ¡as otras tres. Malcolm Garrett encendió un cigarrillo.
Pensativo.
Había algo extraño en todo aquello.
El comportamiento de Elizabeth... Había sufrido una pesadilla la noche anterior. Originada por aquellas cuatro figuras. De ahí que se ordenara a Robert Sidney empaquetarlas y trasladarlas al almacén.
Entonces... ¿por qué acudió Elizabeth al almacén?

Elizabeth era una especialista en ciencias Ocultas, en Parapsicología... Una muchacha inteligente. No podía atemorizarse por supuestos fantasmas o aparecidos.
Una cabeza rodando por la escalera...
¿La cabeza de quién?
Malcolm Garrett volvió a posar la mirada en la semidescubierta figura de Drácula. Llevó lentamente su diestra a aquel pálido rostro.

Con la uña arañó en la mejilla izquierda trazando surcos.
Profirió una maldición.
¿Por qué hacía aquello?
¿Acaso temía que una figura de cera se transformara en ser viviente? Garrett abandonó el almacén.
Al pasar junto a la escalera de caracol se detuvo.
Le pareció oír unas voces... unos ahogados gemidos... Aguzó el oído.
Sí.
De nuevo las voces lejanas, aunque no procedentes de la segunda planta.
Malcolm Garrett avanzó hacia el despacho de McCambrigde. Abrió la puerta. La estancia en total oscuridad, pero asomaba un resquicio de luz al fondo.
Abrió aquella segunda puerta.
La que conducía a la vivienda de Lou McCambrigde y su nieta. El montacargas se situaba junto a una puerta metálica cuidadosamente cerrada. Había dos puertas más. Una de ellas entreabierta.
De ahí procedían las voces y ahogados gemidos. Ahora audibles para Garrett.
—Así... así... sigue, pequeña...
Malcolm Garrett avanzó sigiloso asomándose a la entreabierta puerta. El chirriar de la cama resonó junto a la voz.
—Déjame a mí ahora... Es mi turno, pequeña...
Garrett parpadeó sin dar crédito a lo que estaba viendo. En otras circunstancias hubiera reído a carcajadas.
Sí.
Resultaba jocoso que Dustin Barnes, el deforme enano, llamara «pequeña» a Patricia Conway; pero el asombro y estupor de Garrett cortó toda posible carcajada.
Contempló la escena.
Dustin Barnes y Patricia Conway.
Desnudos sobre el lecho. El horrendo enano hundía su deforme cabeza entre las piernas de Patricia. Esta movía lujuriosamente las caderas. Ambos inmersos en desenfrenada orgía.
Malcolm Garrett

retrocedió.
Alucinado.
Tras él sonaban ahora obscenas palabras de Dustin Barnes coreadas por placenteros gemidos femeninos.

# CAPITULO X

Patricia se removió voluptuosa. Entreabrió los ojos.

Se había quedado dormida tras la marcha de Dustin Barnes. Al rememorar la deforme figura del enano esbozó una sonrisa.

No estaba arrepentida de haber cedido a las exigencias de Barnes. Todo lo contrario.

La instintiva repugnancia fue reemplazada por un morboso deseo. De ahí que decidiera, por aceptar la sugerencia del enano. Su colaboración a cambio de...

Patricia se incorporó del lecho procediendo a vestirse.

Había sido un día pródigo en emociones. Su altercado con los McCambrigde y luego, cuando acudió para cerciorarse de que abandonaban El Anticuario, el encontrarse con... Patricia se estremeció sólo con recordarlo.

La ensangrentada cabeza de Robert Sidney junto a la escalera de caracol. El muy estúpido sin duda quiso jugar con la guillotina e inconscientemente colocó la cabeza. Sin sospechar que funcionaría. Un trágico accidente que Patricia no podía dar a la publicidad. Intervendría la policía, investigaciones...

No.

Patricia no deseaba complicaciones que demoraran la firma con la Lasser & Orrs. Mañana finalizaba el plazo y se cumpliría lo acordado.

Sin la ayuda de Dustin Barnes le hubiera resultado difícil desembarazarse del cadáver. Dustin Barnes...

El repelente enano que se presentó súbitamente en ti Anticuario. Justo en el momento en que Patricia introducía la cabeza de Sidney en un saco.

Y Barnes quiso aprovecharse de las circunstancias.

Patricia sospechó un chantaje, pero el enano tenía otras intenciones. La deseaba a ella. Pronto llegaron a un acuerdo.

Limpiaron la escalera, la hoja de la guillotina... y se desembarazaron de Robert Sidney. Todo en un tiempo récord. El enano marchó con el cadáver por la parte posterior de la casa. Luego, a la noche, regresaría a recibir su recompensa.

El cadáver de Robert Sidney, según versión del enano, había sido tragado por las alcantarillas. De encontrarse algo, serían sus despojos.

Todo había salido bien.

Sólo quedaba el pequeño problema de Elizabeth Buxton, pero también se solucionaría. Patricia contaba con la colaboración de su buen amigo el doctor Scheider. Sometería a Elizabeth a un tratamiento especial. Su mente terminaría por no distinguir lo real de lo imaginario.

Patricia se alisó el vestido.

Se contempló risueña en el espejo.

Definitivamente no estaba arrepentida. Ocultar un cadáver, lo de Barnes, Elizabeth... No.

Por encima de todo aquello estaba su desmedida ambición. La unión con Philippe

Lasser dependía en buena parte de la venta de El Anticuario. No les defraudaría. Abandonó la habitación.

Ya era muy tarde. De buen grado se hubiera quedado allí el resto de la noche, pero no era lugar adecuado para Patricia Conway.

Se detuvo al pasar junto a la puerta metálica.

Movida por la curiosidad intentó abrirla. Con gran sorpresa, la hoja cedió mansamente descubriendo una pequeña estancia.

Patricia parpadeó.

Conocía los gustos de Lou McCambrigde, pero aquello ya rebasaba todo límite de cordura. En la reducida habitación destacaba una horrible figura. Un macho cabrío de pelaje negro. Disecado. Parecía real. Como si en efecto hubiera existido aquella alucinante criatura semejante a los faunos de la mitología griega.

La figura estaba en el centro de un extraño círculo dibujado en el suelo. Con profusión de jeroglíficos y grabados demoníacos. Una sola palabra se repetía varias veces. En el suelo, en las paredes, en lienzos, copas...

Karovel.

Reverenciándole.

Patricia se alejó vivamente impresionada por aquella desmedida adoración a un servidor de los infiernos.

Atravesó el despacho de Lou McCambrigde.

Al abandonar la estancia fue tanteando la pared para dar con el interruptor. La oscuridad era total. Fue entonces cuando su mano rozó otros dedos. Otra mano pegada a la pared. Junto al interruptor.

Se iluminó la tienda.

Patricia profirió un alarido de terror. Frente a ella estaba Drácula.

Sí.

El mismo Drácula que ella misma y Dustin Barnes embalaron torpemente. Con sus pálidas facciones. Sus colmillos asomando sobre el labio inferior. Con su negra capa forrada en terciopelo rojo.
Patricia corrió aterrorizada.
Con intención de encerrarse en el despacho, pero la fantasmal aparición le cerró el paso. Sonrió en feroz mueca.
—No tienes salvación..., vas a morir...
Patricia retrocedió hasta tropezar con la escalera de caracol. El pánico ofuscó su mente. Sólo deseaba escapar de allí. Huir de aquel horror.
Y subió angustiada la escalera.
Se detuvo jadeante al llegar a la segunda planta a la vez que dirigía una mirada atrás. Ningún ruido.
Sólo los latidos de su corazón retumbándole con fuerza en el cerebro. Drácula no iba tras ella, no subía la escalera...
Patricia dudó en el camino a seguir. Y al desviar su mirada hacia la derecha un nuevo y desgarrador aullido brotó de su garganta.
Allí estaba.

Drácula ante ella.
Había utilizado el montacargas.
La muchacha no pudo escapar ya a las siniestras garras del individuo. Unas zarpas que le atenazaron el cuello cortándole la respiración.
Las piernas de Patricia flaquearon sintiéndose desvanecer. Entonces cesó la presión de aquellos dedos sobre su garganta, aunque sin soltar la prenda. Fue arrastrada hacia una de las salitas. La dedicada a instrumentos de tortura.
—No... no... piedad...
A las súplicas de Patricia respondió una satánica carcajada.
La muchacha, sabiéndose perdida, intentó una desesperada resistencia. Con el único resultado de recibir dos brutales golpes en el pecho y vientre.
—Ya más calmada, ¿verdad, muñeca?
Patricia no respondió.
Sí.
Era en efecto como una muñeca rota a merced del individuo. De ahí que no ofreciera resistencia al ser introducida en el sarcófago, pero sí desencajó sus facciones al ver la tapa que se cerraba

lentamente.
Estaba en el sarcófago denominado Virgen de Nuremberg. Atroz instrumento de tortura utilizado a principio del año 1600.
Un sarcófago repleto de punzantes clavos.
-No... ¡No...! ¡NO...!
El asesino cerró lentamente la tapa. Por la parte superior del sarcófago era visible la cabeza de la víctima.
Y el asesino rió al ver la indescriptible mueca de dolor que acompañó los últimos estertores de Patricia.
Tan entusiasmado estaba con la agonía de su víctima que no escuchó los precipitados pasos que resonaban por la escalera de caracol.
Sí reaccionó al oír la potente voz.
—¡Sterling!
Hal Sterling giró.
Con espectacular revuelo de su negra capa.
—Maldito entrometido...
Malcolm Garrett palideció al descubrir los regueros de sangre que brotaban por debajo del sarcófago.
—Patricia...
—Sí, Garrett. Es ella —dijo Hal Sterling, apoderándose de un largo estilete—. ¡Y tú vas a acompañarla al Más Allá!
—Asesino... He descubierto demasiado tarde tu juego. Drácula... Debí sospecharlo antes. Asociarlo con tu magistral interpretación en el Teatro del Horror.
Sterling avanzó.
Moviendo el estilete de izquierda a derecha.
—¿De veras? Eres un tipo listo.
—Imagino también tus intenciones. Querías impedir la venta de El Anticuario. El único

bloque que queda sin opción de compra por la Lasser & Orrs. Sin El Anticuario nada pueden hacer. Todo continuaría igual.
Tu al frente del Teatro del Horror, ¿me equivoco?
—No del todo —rió Hal Sterling—. Sin El Anticuario la Lasser & Orrs cesarían en sus pretensiones de construir el complejo, pero poco importa mi puesto en el Teatro del Horror. Yo quiero a Deborah. La amo. Ella lo es todo para mí. Y por nada el mundo permitiría que desapareciera. Ella, sin El Anticuario, está sentenciada. Lo sé. Lo he hecho por ella. Maté a Robert Sidney, pero ésta estúpida ocultó el cadáver. Peor para ella. Sólo quería paralizar la venta. Demorarla. Ahora, con la muerte de Patricia Conway, todo volverá a la normalidad. Más publicidad para El Anticuario. Un crimen que jamás se solucionará. ¡Dos muertes!

Hal Sterling proyectó el estilete.
Hacia el rostro de Garrett. Este esquivó milagrosamente lanzándose contra su contrario. En un amago que desconcertó a Sterling. Y cuando quiso reaccionar recibió el puñetazo en el rostro.
Violento.
Sterling cayó hacia atrás.
Trastabilló al tropezar con un saliente del suelo. Un saliente que sujetaba el andamiaje de un arcaico instrumento de tortura. Utilizado para empalar a los reos.
Hal Sterling cayó de bruces sobre él.
Ensartándose.
Su alarido fue infrahumano.
Un espeluznante grito que resonó en toda la casa. Malcolm Garrett quedó inmóvil.
Contemplando horrorizado la escena.
Unos secos golpes sobre el entarimado le hicieron reaccionar girando con rapidez. Descubrió a Lou McCambrigde que avanzaba apoyado en el bastón. Semiencorvado. Con dificultad. Su rostro semejaba al de una reseca momia.
Garrett le dirigió una dura mirada.
—¿Estaba de acuerdo con Hal Sterling?
El anciano denegó con cansino movimiento de cabeza. Sus diminutos ojos eran apenas visibles.
—No...
—Pero sí actuó contra Elizabeth Buxton.
—Sólo con intención de asustarla —reconoció McCambrigde, con su ronca y gutural voz—. Entre Deborah y yo dominamos su mente. Le hicimos creer que era atacada por cuatro monstruos.
—¿De qué forma?
—Con los poderes otorgados por el Gran Karovel.
—Brujería.
Lou McCambrigde esbozó una extraña mueca.
—Puede llamarlo así. Brujería, satanismo... o suceso paranormal. Poco importa ya. Ya nada importa. Todo ha terminado.
—No, McCambrigde. Van a tener que rendir cuentas de...

Garrett se interrumpió.
Primero fue el penetrante olor a quemado. De inmediato surgió el humo por la boca de la escalera de caracol. Y al instante las primeras lenguas de fuego. Con fuerte crepitar.

—Sólo rendiré cuentas al Gran Karovel por mi fracaso. Le he ofrecido a Deborah en sacrificio. Aún mis manos están húmedas por la sangre... El Anticuario debe ser sacrificado por el fuego. Nada de aquí debe pasar a manos extrañas. Nada debe turbar a Karovel.
Malcolm Garrett palideció horrorizado.
—¿Ha... ha matado a su propia nieta?
—Ella se ofreció en sacrificio. Yo sólo fui el brazo ejecutor. He puesto fuego al altar de Karovel. Las llamas purificarán toda la casa.
—Está... está loco...
Garrett corrió hacia la escalera de caracol.
El crepitar de las llamas era ya ensordecedor. Toda la planta baja dominada por el fuego. Imposible salir por allí.
McCambrigde se aproximó penosamente. Contempló sonriente el avance del voraz fuego
—Nada tengo contra usted, Garrett. Puede salvarse. _ habitación ocupada por Elizabeth, en el armario empotrado, tiene un doble fondo. Comunica con 1a casa lindante en ruinas. Por allí entró Deborah deslizan- jo el cerrojo y preparando la escena para aterrorizar a Elizabeth.
—Nos salvaremos los dos. Me acompañará y...
—No, Garrett... ¡Me espera el Gran Karovel!
La súbita acción del anciano sorprendió a Garrett. Se arrojó al hueco de la escalera.
Justo en el momento en que cedía la base pasto de las llamas. Una voraz llamarada envolvió a Lou McCambrigde.
Como un anticipo del Averno.



El avión despegó con rumbo a San Francisco.

Elizabeth mantenía la mirada fija en la ventanilla. Al sentir su mano derecha atrapada entre las de Garrett, esbozó una sonrisa.

—¿Te encuentras bien, Elizabeth?

—Sí... Quiero creer que todo ha sido una pesadilla. Un alucinante sueño del que ya he despertado... y no volverá a producirse.

—De eso puedes estar segura —sonrió también Garrett—. Todo el horror existente en El Anticuario ha dejado de existir.

—Ha sido horrible. Lou McCambrigde, Deborah...

—Unos pobres locos, Elizabeth. La maldad era superior en Hal Sterling.

—Deduzco que la entrada de Patricia en El Anticua'- rio impidió que Sterling acabara conmigo.

—Cierto. Sterling se vio obligado a salir de allí. Aunque luego la propia Patricia te llevara a una clínica muy especial. La policía está investigando en el doctor Scheider. Según declaraciones de Dustin Barnes se había planeado someterte a un tratamiento que desembocaría en la locura.

Elizabeth cerró los ojos momentáneamente. Movió los labios como si murmurara una oración.

—¿Se encontró el cadáver de Sidney?

—Se rastreó la zona indicada por Barnes. Hallaron parte de Sidney. Se sospecha que la cabeza no aparecerá jamás. Las ratas de alcantarilla habrán dado buena cuenta de ella. Olvídalo, Elizabeth. Ya todo ha terminado. Debí sospechar antes de Sterling, pero fue al salir de El Anticuario, después de ver a Barnes y Patricia, cuando decidí acudir al Teatro del Horror. Presencié la actuación de Hal Sterling. Su caracterización de Drácula. Sterling, por su amistad con los McCambrigde, conocía las entradas ocultas. Le resultaba muy sencillo entrar y salir sin ser visto.

La joven se aferró al brazo derecho de Garrett.

Reclinó la cabeza sobre el hombro masculino.

—Sí... Olvidemos. Ayúdame a ello, Malcolm. Garrett besó los sedosos cabellos de la muchacha. Sonrió.

—Cuenta conmigo, Elizabeth. Y te será muy difícil librarte de mí. Aunque la Conway Company es ajena a las maquinaciones de Patricia, he presentado mi dimisión. Cuestión de principios. Me voy a permitir unas vacaciones. ¿Las disfrutamos juntos?

—¡Oh, Malcolm!... Unieron sus labios. Permanecieron largo tiempo en silencio. Fue roto por Garrett.

—Elizabeth...

—¿Sí?

—Sólo una pregunta. Tú eres especialista en la materia. ¿Cómo defines tu experiencia ante los cuatro personajes de cera? ¿Hipnotismo a distancia?...

—No lo sé, Malcolm. No lo sé... El satanismo existe. Lou McCambrigde era un discípulo del diablo. Dedicado en cuerpo y alma a un tal Karovel. Tal vez tenía infernales poderes... pudo dominarme... o hacer que realmente se movieran las figuras, que me hablaran... No lo sé... no lo sé...

—Dejemos el tema.

—Sí, Malcolm.

No volvieron a hablar de ello. Pero tampoco lo olvidarían. Jamás.

F

I
N